

Selección TERROR

Kelltom McIntire

EL ENGENDRO DE KROOZGAR


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

539 – La mano leprosa, *Curtis Garland*.
540 – La muerte pregunta por ti, *Ada Coretti*.
541 – Terror en la Antártida, *Joseph Berna*.
542 – Tiempo muerto, *Lou Carrigan*.
543 – El anillo de Asfelgoor, *Adam Surray*.

KELLTOM McINTIRE

EL ENGENDRO DE KROOZGAAR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 544
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 23.133 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1983
2ª edición en América: febrero, 1984

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

—Pásame el canuto —pidió George.

Mike le tendió el cigarrillo de hashish que estaba fumando y George lo puso en el hueco de su mano derecha, lo tapó con la mano izquierda y llevó a cabo tres profundas inhalaciones. Luego devolvió el porro a Michael Waldman.

—Está bueno —murmuró George, entornando tas ojos.

—Bah, el porro ya no me sirve de nada —comentó Mike, desesperado.

Y añadió, con voz tremante:

—Tengo que picarme en seguida o me volveré toco.

George no dijo nada.

Los dos jóvenes se encontraban en un rincón sombrío de Sun Market. Era de noche y hacía frío. La niebla llegaba del río a través de las estrechas' calles del barrio de Kedleland y se adhería, insistente, a los rincones más sombríos. Alrededor de los faroles de! alumbrado público se formaban halos espectrales e irisados.

—Yo una vez me piqué con ácido L.S.D. —dijo de pronto George —. Tuve unas visiones alucinantes. Me vi convertido en un perro. Aullaba, mordía a todo quisque y montaba a las perras que encontraba al paso.

Rió locamente, festejando sus propias palabras.

Michael Waldman no rió. Temblaba.

Siguieron fumándose, a grandes y profundas chupadas, el cigarrillo de hashish mezclado con tabaco rubio.

La placita que rodeaba el viejo y olvidado mercado de Sun Market estaba solitaria. La niebla seguía subiendo lentamente por la calle Koward.

Mike dijo:

—Yo también he tenido alucinaciones.

George se inclinó hacia él.

—¿Alucinaciones después del pique?

Pero Michael seguía el hilo de sus propios pensamientos.

—Yo lo he probado todo en cuestión de drogas. A los catorce años, comencé con la marihuana. Fumé ktffi y grifa, e incluso algunas otras hierbas, como la belladona y la mandrágora. A veces creía volverme loco.

—¿Y qué veías?

—Una vez —continuó Mike, sin oír a su amigo—, mezclé pequeñas porciones de nieve (Cocaína en polvo), caballo (Heroína inyectable) y ácido, lo disolví todo bien y me piqué en el brazo. Tío, aquello fue espeluznante. Soñé que yo era Satanás y me vi

cometiendo horribles crímenes. Descendí a los infiernos y comprendí todos sus misterios.

Dio una profunda calada al porro y añadió, con voz lejana:

—¡Lástima! Al día siguiente apenas recordaba nada de las alucinantes experiencias que tuve en aquel sueño.

George le tomó el cigarrillo nerviosamente y chupó varias veces.

—¡Jo, tú, mira que convertirte en demonio! —exclamó, burlón.

Devolvió el cigarrillo a su «colega» y dijo:

—Con el chocolate (Hashish y marihuana) no hay tal problema Te colocas un poco y eso es todo.

La niebla envolvía casi por completo la plaza de Sun Market. La bruma flotaba a baja altura y daba un aspecto irreal, evanescente, a los contornos del viejo barrio de Kedleland.

Michael Waldman tiritaba de frío.

¿De frío? Eso era lo que pensaba su compañero, el esquelético George Smith. En realidad, Mike sufría el infierno del síndrome de abstinencia. Llevaba cuarenta y ocho horas sin pincharse. Mucho más de lo que un drogadicto puede soportar.

Se había iniciado muy joven en el infierno de las drogas y ahora, a sus veintiún años era prácticamente un desecho: delgado, de aspecto enfermizo, ojos brillantes y manos temblonas.

La culpa de su estado actual no era toda suya. Su padre, John Waldman, era un prestigioso marmolista que sacaba adelante a su familia sin apuros, gracias a la habilidad de sus manos para tallar el mármol. Pero John Waldman empezó a acudir al pub de Gerry Trumble, donde se llevaban a cabo apasionados torneos de juegos de naipes.

John Waldman se aficionó al póquer de tal manera que perdió sus ahorros y se empeñó hasta los ojos. Para ahogar su frustración y sus remordimientos, comenzó a beber y le despidieron de la empresa en la que trabajaba.

Su esposa, Sarah, era una antigua prostituta del barrio de Pelhetam, que abandonó a su marido con tres hijos en cuanto comprendió que su esposo no tenía solución. Sarah volvió a Pelhetam y desapareció de la vida de la familia Waldman.

John murió de cirrosis hepática poco después. Sus dos hijos menores fueron a parar a establecimientos de la beneficencia pública, pero Mike se escapó antes de que pudieran llevárselo.

A partir de allí, vagó como un perro callejero por los alrededores de Sun Market.

Robaba alimentos en el mercado, hacía algunos recados sin importancia y de noche se refugiaba en el sótano de una casa abandonada de Koward Street.

Más tarde, sus robos fueron más importantes. Rompía los cristales

de una tienda y desvalijaba la caja. No solía obtener mucho dinero, pero sí lo suficiente para comprarse una pastilla de «chocolate» o un poco de coca para esnifar.

A los dieciocho años cometió su primer delito verdaderamente grave. Empuñando una pistola detonadora, atracó una floristería, amenazó a su propietaria —la cual sufrió un patatús y se desmayó— y se llevó cuanto encontró en la caja: unas ochenta libras.

Le cogieron poco después, porque Mike cometió la torpeza de arrebatar un anillo de brillantes de la mano de la dueña de la floristería.

El juez fue benévolo. Considerando que la adolescencia de Mike no había sido demasiado fácil, le condenó únicamente a un año de libertad vigilada. Es decir, que no llegó a pisar la cárcel por aquel delito.

Durante aquel año, Mike se las arregló para no ser atrapado por la policía, aunque siguió cometiendo algunos delitos no graves. Eso sí, ahora tenía más experiencia y procuraba no dejar huellas ni robar objetos comprometedores.

Pero una vez cumplido su año de libertad vigilada, se destapó. Llevó a cabo con éxito hasta cuatro atracos a otras tantas tiendas y se sintió orgulloso cuando supo que un joven llamado Williams había sido detenido por los delitos que Waldman cometió.

Williams era un muchacho de carácter débil y apocado, asustadizo y sin experiencia. Cuando se vio acosado por cuatro inexpresivos inspectores de policía, acabó confesando unos robos que no había cometido.

—Lo hizo para pasar en la cárcel dos o tres años, sin tener que preocuparse de robar alimentos —dedujo Mike, cínicamente.

Pero el azar juega a veces pesadísimas bromas.

Una noche, Mike regresaba a su refugio de Koward Street. Canturreaba entre dientes, eufórico, como consecuencia de la dosis de heroína que acababa de inyectarse en el retrete de una taberna próxima

De pronto, sus ojos descubrieron en el suelo un objeto, brillante, dorado. Cauteloso, miró a su alrededor. Cuando se hubo asegurado de que nadie le veía, se inclinó y tomó aquel objeto en su mano.

Era una pesada cadena de oro macizo. Sus ojos relucieron de pura codicia.

—Browgan me dará por esto más de trescientas libras —pensó. Y se guardó la joya en un bolsillo y continuó su camino, canturreando.

De pronto, destellaron las luces de un auto-patrulla. El coche se detuvo a su altura con un estridente chirrido de frenos y dos hombres descendieron.

En cuanto los vio, Mike tuvo la premonición de que las cosas

comenzaban a torcerse. Eran policías. Al verle tan desharrapado, greñudo y desaseado, le pidieron la documentación.

Mike no tenía documentación. Nunca se había preocupado de obtenerla.

—Vuélvase de espaldas, apoye ambas manos en la pared y separe las piernas —te ordenó uno de los policías.

Le cachearon rápida y hábilmente.

—Mira lo que escondía este pájaro —dijo un policía a su compañero, mostrándole la valiosa joya que acababa de encontrar en el bolsillo de Mike Waldman.

De nada valieron sus protestas. Aquella cadena de oro y brillantes era una prueba determinante.

Los policías le esposaron a la espalda y le metieron en el coche.

Según supo poco después en comisaría, aquella misma tarde un atracador enmascarado, de sus mismas proporciones físicas, había asaltado una joyería de Kingston Street y se había llevado joyas por valor de veinte mil libras esterlinas. Sólo la pulsera de oro y brillantes hallada en poder de Mike Waldman valía seis mil libras esterlinas.

—¡Y yo pensaba sacarle trescientas al cochino de Browgan! —se lamentó Mike tristemente.

Le interrogaron durante toda la madrugada. Mike negaba y negaba y repetía una y otra vez la verdad: había encontrado aquella joya en la calle Koward.

Pero sus antecedentes fueron decisivos a la hora de comparecer ante el juez. Cuando dos meses después se vio su causa, fue hallado culpable y condenado a diez años de prisión.

Mike, fatalista, entendió que aquella condena no era sino el castigo por haber permitido que el joven Williams cargase con la culpa de sus delitos.

Sólo cumplió dos años y medio de condena. Observó buena conducta en prisión y obtuvo la libertad condicional.

Durante varios meses, se vio sometido a vigilancia policial.

—Están listos, si piensan que van a encontrar el resto de las joyas —pensó Mike, sarcástico.

Al fin, los policías se cansaron de seguirle y Mike comenzó a trapichar con drogas. Su negocio no era muy boyante, pues apenas podía invertir unas libras.

Y luego se vio sumido en la más negra miseria. Incluso descendió a pedir limosna, menester que odiaba con toda su alma.

Ahora llevaba dos días sin pincharse heroína y el síndrome de abstinencia le hacía padecer horriblemente.

—¿Tú crees en la reencarnación? —preguntó de pronto a George.

—¿En la reencarnación? —exclamó su compañero, despistado.

—Yo me reencarné una vez —declaró Mike, contemplando cómo

la niebla culebreaba y ascendía por las columnas que soportaban la marquesina del mercado.

George no hizo ningún comentario, aunque permanecía atento a las palabras de su amigo.

—Fue… como aquella vez en que me vi convertido en Satanás —murmuró Mike con voz lejana—. Ocurrió en la cárcel. Los vigilantes nos sacaban por la mañana de la prisión y nos llevaban a unas colinas próximas. Necesitaban piedra para ampliar las dependencias de la prisión y en aquellas colinas abundaban las rocas por doquier. Hasta el mediodía, permanecíamos allí, recogiendo piedras que cargábamos en los camiones y hacia las doce volvíamos a la prisión…

Mike enmudeció.

Unos faros taladraron la niebla y un automóvil pequeño cruzó ante Sun Market y se perdió finalmente entre la espesa bruma

—Una mañana vi a un tipo que recogía unas hierbas y se las guardaba a hurtadillas bajo su uniforme de condenado. Era Sean Malone, un tipo de unos cincuenta años, esquelético, de espalda corcovada, calvo, aspecto de tísico y ojos hundidos y brillantes. Le pregunté para qué quería aquellas hierbas. Me miró a hurtadillas, desconfiado, pero en seguida respondió: «Debo matar a Miller, Waynes y Davidson, pero no tengo valor. Estas hierbas me lo darán.»

CAPITULO II

Jack Miller, Tom Waynes y Ben Davidson eran los presidiarios que, en unión de Sean Malone, ocupaban la celda 211 en la VI galería, destinada a los criminales más endurecidos y contumaces.

Miller medía casi dos metros y era el más brutal de los tres. Se había enterado de que Malone era homosexual y le martirizaba constantemente con mofas sangrientas.

—¡Ya llega la reina de Farmoor! —solía exclamar cuando Malone llegaba a la celda—. Observad sus distinguidos ademanes de dama victoriana y sus dengues de jovencita pudorosa.

Sean Malone callaba. Era débil y enfermizo y se sabía indefenso ante aquellos tres descomunales individuos.

Las groseras bromas y las pullas hirientes eran continuas. Malone había solicitado varias veces que le cambiaran de celda, pero el funcionario encargado de la VI galería se negaba siempre.

Y así Malone, seguía soportando estoicamente el martirio a que le sometían Davidson, Miller y Waynes.

Las bromas no siempre consistían en palabras malsonantes o groseros comentarios que aludían a su condición de homosexual. Cuando en cierta ocasión Malone se quejó de que sus compañeros de celda hedían literalmente, los tres presidiarios aguardaron a que Sean penetrara en los servicios higiénicos comunes, situados al final de la galería, cayeron sobre él de improviso y le dieron una soberana tunda. Tras lo cual, le arrastraron a los urinarios y le abandonaron, ensangrentado y hediendo a orines.

—¡Para que vuelvas a protestar como una señorita remilgada! —barbotó Miller cuando se marchaban.

Fue inútil que Malone se quejara al jefe de la galería. Los funcionarios preferían no interferir en las cuestiones personales de los reclusos, excepto cuando se producía una muerte.

Una noche, Malone iba a acostarse, cuando encontró sus sábanas profundamente manchadas de excrementos.

Malone se echó a llorar. Y pasó el resto de la noche sollozando en un rincón de la celda.

Por lo demás, Malone, como muchos homosexuales, era extremadamente escrupuloso en cuanto a su higiene personal Se duchaba cada vez que podía y se cambiaba de ropa tres veces por semana. Incluso compró un frasquito de perfume, que pulverizaba en su lecho antes de acostarse.

—Lady Malone debe esperar compañía masculina esta noche. ¡Por fin, esta vieja maricona comienza a derrotarse! —exclamó Miller.

Malone se alzó dignamente.

—Más vale oler como una mujer limpia y cuidadosa, que apestar como cerdos de una pocilga —respondió.

Nunca debió hacer tal comentario, porque Davidson, Miller y Waynes se arrojaron sobre él y le molieron a golpes.

No contentos con ello, se orinaron sobre el pobre Malone, que yacía, desvanecido, en el suelo.

Al día siguiente, Malone decidió no aguantar más. Cumplía una larga condena por el asesinato de un menor, de la que aún le restaban largos años de estancia en la cárcel.

—No importa que me pudra en prisión. ¡Tengo que librarme de estos tres cerdos, sea como sea!

Malone había sido un drogadicto empedernido. Y además sabía cuánto hay que conocer del efecto que producen ciertas hierbas silvestres, como la mandrágora, la belladona, la cicuta, la adormidera y el beleño.

Cuando, con extraña sinceridad, confió su propósito al joven Michael Waldman, éste preguntó:

—¿Es que acaso piensas envenenarlos?

Malone sonrió, enigmático.

—No. Trituraré estas hierbas en un recipiente y obtendré su jugo —respondió.

—¿Y beberás esa porquería? ¿No son hierbas venenosas?

—Sí. Pero no me harán daño en la dosis adecuada. Yo sé cómo hacerlo. Fui ayudante del profesor Karman, el gran brujo y transformista de Yorkshire —afirmó, misterioso—. Mañana lo comprenderás todo.

—Dime cómo se prepara esa mezcla — pidió Mike, fervientemente.

—Está bien. Tú pareces un buen muchacho y confío en ti. Escucha…

Cuchichearon durante unos minutos, hasta que uno de los vigilantes les obligó a separarse y continuar con su tarea.

Llegó la noche y los presos fueron recluidos en sus celdas. La prisión quedó en silencio.

A la mañana siguiente, sonó la sirena y los funcionarios comenzaron el rutinario recuento.

Cuando abrieron la puerta de la celda número 211, un escalofriante espectáculo sangriento se ofreció a sus ojos.

La celda aparecía completamente desordenada. Los jergones y las mantas, destrozados, estaban tirados por doquier y las paredes de la celda se veían completamente manchadas y chorreantes de sangre.

Los hierros de las literas estaban grotescamente doblados, como si una potentísima explosión lo hubiera destrozado todo.

Tres cuerpos ensangrentados y destrozados yacían en el suelo.

Eran los de Miller, Davidson y Waynes.

Los tres tenían sus cuellos rotos y arrancados los brazos. Sus piernas habían sido rotas por varios sitios y sus costillas fracturadas y hundidas.

En medio de aquella desolación, Sean Malone dormía apaciblemente en su lecho, impecable dentro de su pijama, tenía el aspecto de una persona inofensiva y tranquila.

Los funcionarios quedaron petrificados por el horror.

Al principio, ninguno de ellos supo entender quién era el autor de aquella orgía de sangre.

Avisaron urgentemente al alcaide de Farmoor, el veterano coronel Parker, el cual se sintió horrorizado tras contemplar aquella carnicería

—Saquen a ese hombre de su celda y llévenle a mi despacho con todas las precauciones —ordenó el coronel Parker, cuando logró superar la tremenda impresión sufrida.

Malone fue sacado en volandas en brazos de cuatro forzudos funcionarios y llevado al despacho del alcaide.

Parker contempló a aquel hombrecillo jorobado con estupor.

—Dígame exactamente qué ocurrió en la celda 211 —exigió.

Malone se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, señor. He dormido durante toda la noche tranquilamente. No me desperté en ningún momento —respondió.

Más tarde llegaron los policías. Tras inspeccionar la celda del triple crimen, interrogaron a Malone. Pero el homosexual repitió exactamente las mismas palabras que había pronunciado ante Parker:

—No tengo ni idea.

No era un caso fácil. Es decir, a la policía se le ofrecía el caso más embrollado de toda la historia policial.

—¿Cómo pudo este enclenque individuo destrozar con sus propias manos a tres hombres muy robustos? —se preguntaban.

En la celda no hallaron ningún objeto contundente. Pero allí estaban los brazos de tres hombres arrancados de cuajo de sus hombros, sus cuerpos destrozados y aplastados y las literas deformadas.

Malone y sus compañeros de celda habían sido encerrados a las nueve de la noche. La puerta era sólida, forrada de gruesa chapa metálica y el cierre consistía en un cerrojo de seguridad, con cerradura moderna, blindada.

Por otra parte, los vigilantes que se habían turnado en la VI galería a lo largo de la noche, juraban y perjuraban que habían vigilado atentamente la galería, que nadie se aproximó a la celda 211 y que en ningún momento se desprendieron de las llaves.

—Por incomprensible que parezca, sólo una persona pudo llevar a

cabo esa carnicería —opinó la policía—. Y esa persona no es otra que Sean Malone.

Pero el forense y los dos médicos que llevaron a cabo las autopsias de los cadáveres de Davidson, Miller y Waynes certificaron:

—Para llevar a cabo las mutilaciones, para las que no se utilizó otro medio que las manos, Sean Malone debería pesar no menos de ciento cincuenta kilos y poseer la fuerza de cinco hombres como él. Razonablemente, no se puede admitir que ese hombre llevase a cabo, por sí mismo, los asesinatos y mutilaciones que se investigan.

La policía se encontró en un callejón sin salida. Sólo Malone podía haber cometido el triple asesinato, pero no poseía las condiciones físicas exigidas para que ello fuera posible.

Nadie comprendía, pues lo que había ocurrido aquella noche en la celda 211.

Pero uno de los presos, Mike Waldman, se sentía sumamente excitado. Desde que se descubriera el crimen alucinante de la celda 211, no había más que recordar las frases de Sean Malone: «Debo matar a Miller, Waynes y Davidson, pero no tengo valor. Estas hierbas me lo darán.»

Y ahora Mike estaba seguro de que Malone había dado su merecido a sus brutales compañeros de celda.

Pero ¿cómo?

—Debió sufrir una profunda mutación, siquiera fuera momentánea. Durante un tiempo, Malone se convirtió en otra persona, con una fuerza prodigiosa, destructora —caviló.

A Sean Malone se lo llevaron al manicomio para examinarlo. Según el médico de la prisión de Farmoor, el preso había dado muestras de perturbación mental durante los días que siguieron al crimen.

Poco después, se supo que las pruebas a que fue sometido Malone fueron positivas. Padecía una paranoia aguda. El juez dictaminó que fuera ingresado en un sanatorio psiquiátrico del Estado y los policías respiraron. El asunto no quedaba resuelto, pero ellos se veían libres del maldito embrollo que había caído sobre sus cabezas.

Entretanto, Mike Waldman seguía saliendo a trabajar a las colinas. Clandestinamente recogió aquellas hierbas tóxicas y narcóticas que Malone le había indicado.

Cuando el jefe de vigilantes concedió un descanso de quince minutos a los presos, Mike adujo una necesidad física y se retiró tras de unos arbustos.

Al fin, los presos se reintegraron al trabajo, tras oír el reglamentario toque de silbato.

Tres de ellos estaban trabajando entre los arbustos. Trataban de desencajar del suelo una gran roca, para lo cual se servían de largas

palancas de hierro.

De repente, una gigantesca silueta emergió de entre los arbustos y se abalanzó sobre ellos.

Vieron un rostro oscuro, horrendo, sobre unos hombros anchísimos. Unos brazos musculosos arrebataron la palanca a uno de los presos.

Se oyeron unos alaridos espeluznantes, agónicos, en medio del fragor de una pelea y tos crujidos de las ramas tronchadas.

Los vigilantes armados corrieron hacia la cima de la colina, gritando.

Cuando apartaron los matorrales, descubrieron los cuerpos destrozados de tres reclusos.

Sus rostros, machacados, eran irreconocibles. Todo alrededor aparecía aplastado y machacado, como si aquel lugar hubiera servido de escenario a una violentísima pelea.

Estaban observando, aterrados, los tres cadáveres, cuando escucharon un rumor entre los espesos matorrales e incluso entrevieron una alta y oscura silueta que se alejaba.

Los vigilantes dieron el alto al fugitivo y dispararon sus fusiles. No debieron acertarle, porque pudieron escuchar el rumor de ramas rotas que producía el criminal.

En seguida se dio la alarma a la policía.

A escasa distancia del lugar donde reposaban los cadáveres de los tres reclusos, Mike Waldman vomitaba violentamente. Pero nadie le dio importancia a aquel hecho.

Cuando llegó la policía, los .vigilantes penitenciarios trataron de describir al asesino:

—Era un hombre muy alto y musculoso como un luchador de catch. Un hombre de color, indudablemente, pues su piel era muy oscura.

—¿Es que iba desnudo?

—No pudimos verle muy bien a través de los matorrales, pero eso es lo que nos pareció: que estaba totalmente desnudo. Mire esa barra de hierro: ésa fue el arma que utilizó ese sádico para destrozar a tres de tos presos —declararon.

Nunca se desentrañó aquel misterio. El individuo de color, alto y potente como un cíclope no apareció jamás.

CAPITULO III

Mike se estremeció.

George dio unas últimas caladas al cigarrillo de hashish, lo dejó caer al suelo y lo pisoteó.

—¿No me crees, George? —murmuró Mike.

«El chocolate debe haberle hecho más efecto del que esperaba», pensó George. «¿Cómo pretenderá que me crea esa grotesca historia?»

Pero miró a Waldman, vio el brillo siniestro de sus ojos azules y asintió:

—Sí, te creo. Todo puede ocurrir en esta vida, si se tiene fe en ello.

Pero Mike le aferró violentamente por el cuello de borreguillo sintético de su zamarra acolchada.

—¿No lo comprendes, George? El gigantesco asesino de color era yo. ¡Me transfiguré en Kabul Hassan, el asesino egipcio que en 1961 mató a más de una docena de personas, cuyos cadáveres despedazó después y arrojó a un vertedero de basura. De niño, la historia de Kabul Hassan me obsesionaba. Creo que fue esa obsesión, junto con aquellas hierbas diabólicas; lo que provocó mi mutación, que debió ser instantánea, pues en seguida volví a mi apariencia normal. ¿Lo comprendes? Son fenómenos incomprensibles, pero tan reales como los tres asesinatos que cometió el enclenque Sean Malone — exclamó, muy excitado.

Luego soltó a su amigo y volvió a caer en su apatía habitual.

George se puso en pie y se agitó, friolero.

—Me marcho, Mike.. Mis padres me echarán una buena bronca — dijo.

—Olvida a tus padres y hazte un hombre por ti mismo — respondió Mike, inexpresivo—. ¿No te gustaría probar el caballo?

George dejó escapar una risotada.

—¿Y cómo? Un par de dosis de caballo cuesta mucho dinero. Ni tú ni yo lo tenemos. La última libra me la gasté en la papelina de chocolate. Lo mejor es que nos vayamos a dormir. Ya es más de media noche.

Mike le miró fijamente.

—Yo no iré a dormir. Tengo que picarme esta noche o me volveré loco — exclamó, desesperado.

—Pero el caballo no te lo regalan. ¿Adónde vas a ir sin dinero? — preguntó el muchacho?

—No necesito dinero. ¡Me basta con esto! —barbotó Waldman.

Y mostró en su mano una navaja automática, cuya hoja, reluciente y afilada, surgió de la empuñadura con un zumbido metálico y vibrante.

—¡Estás loco! —exclamó George, retrocediendo de un salto—. Si te metes en líos, volverás a la cárcel.

—Tanto me da —respondió Waldman.

Guardó la navaja en la manga de su chubasquero y, encogiéndose de hombros, se separó de George.

Descendió por Koward Street, cruzó el puente y caminó durante largo rato a través de las calles desiertas.

Al fin, se detuvo en una esquina.

Mike sabía cómo obtener lo que necesitaba, por las buenas o por las malas.

A la vuelta de la esquina, había una farmacia de guardia. Todo consistía en aparentar ligereza e inspirar confianza.

Se alisó los cabellos, sacudió su chubasquero y caminó hacia la farmacia con las manos bien visibles. La puerta de la farmacia estaba cerrada. Desde que comenzaron a proliferar los atracos a estos establecimientos, los farmacéuticos de guardia expendían los específicos a través de una ventanilla, que se abría en la misma cristalera de la entrada.

Haciéndose bien visible, Mike oprimió el timbre de aviso. Transcurrieron unos minutos y, al cabo, de una puerta situada al fondo, salió una mujer madura embutida en una bata blanca. Sus cabellos grises despeinados y la palidez de su semblante indicaban que acababa de despertarla el zumbido del timbre.

La mujer estudió al desconocido y luego se acercó a la puerta y abrió la ventanilla.

—¿Qué desea, joven?

—Me ha despertado un terrible dolor de muelas. Necesito unos comprimidos analgésicos —dijo, frunciendo las facciones en un fingido gesto de dolor.

—Sí, ahora mismo—respondió la mujer.

Mike la vio abrir una vitrina y tomar un pequeño envase. La dependienta volvió a la ventanilla y entregó los analgésicos a Mike, que atrapó rápidamente su mano y sacó la navaja de la manga.

—No grite, no se mueva si no quiere que le corte dos dedos de un tajo.

La pobre mujer quedó petrificada de espanto.

—¿Qué... qué se propone? — murmuró, asustada.

—Abra la puerta, descorra el cerrojo —indicó Waldman.

La mujer obedeció. Mike empujó con fuerza y soltó la mano de la dependienta, la cual echó a correr hacia la rebotica, exhalando chillidos de pánico.

—¡No grites, maldita sea tu alma! —barbotó Waldman, yendo en pos de ella.

La puerta se cerró en sus narices... ¡La mujer había conseguido

encerrarse en la rebotica!

Mike vaciló, desconcertado.

Quizá hubiera encontrado en las vitrinas lo que buscaba: ampollas de heroína y morfina. Pero no sabía dónde buscar y el síndrome de abstinencia le atosigaba.

Cogió lo que primero halló a mano: una pesada banqueta metálica. Y con ella comenzó a aporrear la puerta, con todas sus fuerzas, que no eran muchas, pues llevaba todo un día sin probar bocado.

La cerradura saltó y la hoja de madera golpeó sonoramente una estantería metálica. La mujer estaba al fondo de aquella estancia. Telefoneaba.

Mike sacó su navaja y avanzó despacio hacia la mujer, que permanecía de espaldas a él.

—...hombre con una enorme navaja! —estaba diciendo la mujer.

Fue lo último que pronunció, pues la hoja de acero rebanó su cuello y le cortó la laringe de un brutal tajo. Por la ancha herida brotó un chorro de sangre, impulsado por el jadeo de la infeliz mujer, que dobló las rodillas y se desplomó en el suelo.

Mike corrió hacia las próximas estanterías. Leyó con avidez los envases de los fármacos y arrojó pilas enteras de ellos al suelo, dominado por la frustración y la furia.

No encontraba lo que buscaba. En la pared opuesta había un gran armario metálico blindado. ¡Estaba cerrado!

En el suelo, agonizaba la mujer en medio de un gran charco de su propia sangre.

Mike la contempló alucinado. Luego su mirada fue al armario de seguridad. Probablemente, lo que buscaba se encontraba allí, pero... ¿dónde encontrar las malditas llaves?

—No puedo detenerme a buscar —decidió—. Esa estúpida ha llamado a. la policía y yo he armado demasiado estrépito aporreando esa puerta. Lo mejor será huir cuanto antes.

Pero, previamente, desvalijó la caja registradora, en la que encontró algo más de doscientas libras.

Salió a Ia carrera y se perdió a través de las callejuelas que desembocaban en el río. Media hora después se había gastado el dinero en unas cuantas dosis de heroína. Volvió a su ratonera de la calle Koward, se inyectó con movimientos temblorosos e inseguros y se dejó caer en un jergón.

Permaneció encerrado durante toda una semana, alimentándose de mendrugos de pan, cuando despertaba, y volviendo a inyectarse seguidamente. Hasta que terminó la droga y la depresión del síndrome de abstinencia le obligó a echarse a la calle de nuevo.

Al anochecer, Mike Waldman vagaba por los alrededores de la Saint George Church.

Una idea rondaba su cabeza: penetrar en la iglesia, quedarse escondido y vaciar los cepillos en cuanto quedase a solas.

Pero un sacerdote abandonaba la iglesia católica en aquel momento. Era el bondadoso padre Kirkpatrick, un hombre alto, atlético, de unos treinta y cinco años, famoso en toda la ciudad por su obra en favor de los jóvenes delincuentes.

El padre Paul Kirkpatrick le vio y le llamó:

-¡Eh, Mike!

Waldman se acercó lentamente. Muy cerca del atrio de la iglesia estaba estacionado el pequeño Morris verde del sacerdote.

El padre Kirkpatrick escrutó las demacradas facciones de Mike, advirtió el brillo anormal de sus ojos y comprendió.

—Has vuelto a caer en el vicio, ¿eh, Mike? Lástima: siempre esperé que al salir de la cárcel reflexionarías y abandonases las drogas.

—Ya lo ve, padre. No tengo voluntad para dejar de picarme —respondió Mike, impaciente—. ¿Puede dejarme diez libras?

—¿Y qué conseguirías con eso, en el caso de que pudiera desprenderme de ese dinero? Te pondrías un chute esta noche y mañana tendrías que enfrentarte al mismo problema Te hablo seriamente, Mike. Tienes que hacer un esfuerzo y sobreponerte a esa tendencia. Si continúas, un día cometerás un delito grave, volverás a la cárcel y todo se habrá terminado para ti.

—¿Y qué más da? —respondió el joven, con fastidio y desgana.

El sacerdote se sintió compadecido.

—Si lo deseas de veras, yo te ayudaré a salir del atolladero —ofreció, solícito.

—¿Cómo? —exclamó Waldman, con escaso interés.

—Me une una buena amistad con el doctor Christopher Dyers, del Hospital Saint Queentin para la readaptación de jóvenes drogadictos. El doctor Dyers ha conseguido milagros con numerosos jóvenes como tú, los cuales no han vuelto a reincidir en las drogas después de ser sometidos a tratamiento. El doctor Dyers es un hombre joven, sólo .tiene treinta y dos años, y es un profesional responsable, experimentado y afable. ¿Quieres que vayamos a visitarle ahora mismo? —preguntó el sacerdote.

Waldman dudó.

Sin embargo, ¿qué podría perder con ello?

Si le curaban sin hacerle sufrir demasiado, sería estupendo. Porque en el fondo y como Mike decía, la «marcha» de las drogas iba resultando excesiva para su cuerpo.

Si no le convenía quedarse, quizá el padre Kirkpatrick se ablandaría y le dejase unas cuantas libras.

—Animo, Mike, te aseguro que no te arrepentirás. Chris Dyers es

un hombre muy comprensivo, que ha dedicado su vida a recuperar a jóvenes atrapados por la droga, como tú —insistió el padre Kirkpatrick.

—Está bien —se decidió—. Iré con usted. Pero con una condición.

-¿Cuál?

—No me quedaré allí ni cinco minutos si ese doctor Dyers no me convence.

El padre Kirkpatrick lanzó una alegre carcajada.

—Ah, en cuanto a eso no debes temer, Mike. El doctor Dyers posee argumentos para convencer a cualquier persona. Sube — le indicó.

Una vez acomodados en el interior del pequeño automóvil, Mike pidió un cigarrillo al sacerdote. Paul Kirkpatrick no fumaba, pero siempre llevaba un paquete de cigarrillos para casos como aquél. Ofreció, pues, los cigarrillos al joven, que pellizcó una arrugada cerilla con las uñas y aspiró ávidamente el humo.

—¿Cuánto tiempo hace que no has comido, Mike? —preguntó el padre, lleno de compasión.

—No me acuerdo —respondió Waldman.

El sacerdote puso el motor en marcha y arrancó.

No sabía, por supuesto, que la policía llevaba ocho días buscando ávidamente a Michael Waldman, por asesinato.

Con toda la torpeza del mundo, Mike había dejado sus huellas impresas por todas partes, dentro de la farmacia, y no se había decidido a limpiarlas.

Identificarle fue cuestión de unas pocas horas. En realidad, sólo le había salvado hasta entonces el hecho de permanecer escondido durante una semana en el oscuro sotabanco de la calle Koward.

El padre Kirkpatrick había afirmado que Mike no se arrepentiría de acudir con él al Hospital Saint Queentin para entrevistarse con el doctor Dyers.

Sin embargo, los acontecimientos siguientes vendrían a quitarle la razón, lamentablemente.

CAPITULO IV

Diane produjo un apagado murmullo bajo las sábanas, se estiró y luego quedó completamente inmóvil.

Chris Dyers la besó suavemente en los labios y se separó de ella.

—¿Adónde vas? —protestó la joven, asomando sus rubios cabellos por encima de la sábana.

Chris sacó las piernas del lecho y dejó escapar una carcajada burlona.

—Me pregunto cuál sería la reacción del honorable doctor Nicholas Brown si nos sorprendiera en este momento —se burló.

—Papá no es tan puritano como tú imaginas —respondió Diane, desperezándose voluptuosamente—. Pero, escúchame, ¿por qué te vas de mi lado tan pronto...?

Chris introdujo los pies en sus zapatos. Se incorporó y la mujer le contempló, admirada.

—Tu desnudez es hermosa, querido —susurró.

—Y peligrosa —respondió él, sonriendo, sarcástico—. ¡Puedo pillar un buen constipado!

Corrió hacia el cuarto de baño y desapareció. En seguida se oyó el rumor del agua de la ducha. Minutos después, el joven pelirrojo tomó a aparecer y se vistió apresuradamente.

—Aún no has respondido a mi pregunta, Chris —pronunció ella con voz mimosa—, ¿Por qué me abandonas tan temprano?

—No he respondido a tu pregunta, porque tampoco tú has contestado a la mía. Anda, di, ¿qué haría tu padre si nos sorprendiera en la cama?

Diane Brown sonrió.

—Imagino que escandalizaría un poco. ¿Y qué? Yo he cumplido veinticuatro años, soy mayor de edad y absolutamente independiente... Sí, gruñiría un poco, pero después acabaría por aceptar las cosas tal como son.

—Yo lo imagino de otra forma —respondió el doctor Dyers, mientras se ataba los zapatos—. Una vez hubiera logrado dominar su ira y su sorpresa, me miraría fijamente y pronunciaría con la voz grave y los ojos llameantes: «Doctor Dyers, espero que sepa resolver con dignidad esta terrible situación. Yo sólo encuentro un modo digno de rectificar su incalificable conducta: casándose con mi ultrajada hija.»

Diane prorrumpió en carcajadas, pues Chris había imitado a la perfección el tono adusto y el grave timbre de voz del profesor Brown.

—¡Eres un exagerado! —exclamó, divertida. Y añadió—: No creo

que papá se mostrara tan rígido conmigo. En realidad, apenas me dedica atención desde que comenzó sus investigaciones sobre la Toxicomanía.

—¡Ah, su famoso método de control de la voluntad! No creo que .llegue a ser aplicable a los drogadictos jamás. Demasiado peligroso. Tu padre pretende someter a una larga cura de sueño a nuestros pacientes, a lo largo de la cual llevaría a cabo su tratamiento con drogas y su complicado aparato electrónico. No sé, pero me parece peligroso doblegar la voluntad humana. Un drogadicto necesita comprensión humana y cuidados médicos para superar las crisis, pero la decisión de cambiar un hábito debe ser siempre consciente. Lo que pretende tu padre va contra Natura.

—Sí, acepto que su proyecto es demasiado ambicioso. Papá ya no es joven, ha trabajado mucho y empieza a dar muestras de fatiga mental —confesó Diane—. Trato de convencerle de que debe jubilarse y descansar, pero es muy terco. «Me retiraré cuando haya demostrado la eficacia de mi sistema», me dijo la última vez que tratamos este teína

—Haría bien en jubilarse —opinó Dyers—. Tiene derecho a un merecido descanso.

Diana se incorporó, con los codos apoyados en la almohada y el erguido busto asomado por encima del borde de la sábana.

—Tú no pareces muy convencido, Chris, pero las pruebas e investigaciones de mi padre han resultado un éxito —dijo.

—Sólo un éxito parcial —rebatió el doctor Dyers, incorporándose del borde del lecho y abotonándose la camisa—. Sus experiencias con simios, a los que previamente había aficionado a las drogas, no parecen muy éticas a algunos científicos...

Diane se irguió un poco más. Su cabellera dorada acariciaba su largo y esbelto cuello. Era una mujer espléndida, bella, joven, en sazón.

—¡Siempre le han envidiado! —protestó, ardorosa—. En casi cincuenta años de trabajo, mi padre ha dado a la Humanidad el fruto de miles de investigaciones. Productos farmacéuticos eficaces para luchar contra las enfermedades que torturan al género humano, métodos terapéuticos avanzados para evitar el dolor, innovaciones beneficiosas en todos los órdenes...

Chris la miró con ternura.

—Tienes razón, preciosa. Aunque algunos le envidien, millones de personas de todo el mundo bendicen su nombre diariamente. Sin embargo, Nicholas Brown ha dado de sí todo lo que podía dar. Es hora de que se retire a descansar —dijo con voz suave y amistosa.

Diane estiró una de sus rubias guedejas sobre su frente.

—Sí, supongo que tienes razón. En cuanto haya terminado la

investigación científica que ahora le absorbe, pondré todo mi interés y mi voluntad en convencerle... Pero, querido, aún no has contestado a mi pregunta. ¿Por qué te marchas tan temprano? Apenas son las seis de la tarde —le recriminó con ternura.

Chris se estaba ajustando el nudo de la corbata. Le sentaba muy bien el conjunto formado por un pantalón beige y una chaqueta «blazer» azul.

—¿Por qué? Sencillamente, porque si no atiendo a mis pacientes del Saint Queentin Hospital cualquier día de estos me despedirán —respondió—. Me extraña mucho que aun no haya sonado el teléfono reclamándome.

Se encontraban ambos en el apartamento de soltero que Dyers ocupaba en la tranquila zona de Panorama Gardens.

Chris se disponía a despedirse de Diane Brown, cuando el teléfono que había en su mesilla, repiqueteó.

—¿No te lo dije? —exclamó con picara sonrisa. Y se dejó caer sobre el borde del lecho y atendió la llamada.

Cuando colgó, se dejó caer de costado y abrazó a la mujer. El cuerpo desnudo bajo las finas sábanas suponía una terrible tentación. Pero Chris besó suavemente los labios de Diane y se incorporó.

—Hasta mañana. Nos veremos a la hora del aperitivo, en el Hospital.

—¿Quién llamaba? —quiso saber ella, curiosa.

—Ah, es un amigo. Tú debes conocerlo: es el padre Kirkpatrick, de la iglesia de Saint George.

—Sí, sí, le conozco. Es una excelente persona. Pero ¿qué quería?

—Ha llevado a un joven drogadicto al hospital y quiere que le admita en la Sección de Readaptación y Rehabilitación. Voy para allá.

Volvió a besar los jugosos labios de Diane, alzó una mano en señal de saludo y se marchó.

*

Cuando el padre Kirkpatrick, el doctor Dyers y Mike Waldman abandonaban el despacho del segundo, el profesor Brown se asomó a la entrada del laboratorio.

Ninguno de los tres hombres pudo ver al profesor, pero éste siguió con la mirada al grupo.

Muy cerca del vestíbulo, Chris Dyers estrechó la mano del sacerdote, que se despidió en seguida.

Luego, el doctor Dyers rodeó con un ademán familiar los hombros de Mike y sonrió:

—Ven conmigo. Vas a estar perfectamente atendido aquí. Te presentaré a algunos jóvenes como tú. Pregúntales. Te dirán que se

sienten muy satisfechos de haber iniciado el camino de la recuperación —oyó que el médico decía al escuálido joven que le acompañaba.

Subieron al ascensor y el profesor Nicholas Brown volvió a su laboratorio. Una idea comenzaba a germinar en su cerebro.

Una idea que tendría resultados impredecibles.

*

Mike abrió los ojos despacio.

Al principio, no reconoció la habitación en la que se encontraba. Luego, lentamente, recordó que el doctor Dyers le había puesto una inyección y le había acompañado hasta allí.

Experimentaba un bienestar tan intenso que volvió a cerrar los ojos, deseando vivamente volver a la caricia tibia del sueño.

Pero poco después volvía a abrir los ojos y contemplaba, asombrado, las blancas paredes de la habitación.

—Jamás me he sentido mejor —pensó, jubiloso.

Porque era cierto: no experimentaba ansiedad, ni dolor alguno. Sólo paz y bienestar, relajación física y serenidad.

Permaneció ensimismado, gozando intensamente de las sensaciones que ahora comenzaba a gozar.

—¡Es increíble! —pensó, admirado—. La luz que se filtra a través de la ventana tiene otro color, más vivo y fascinante, mis dedos sienten perfectamente las microscópicas rugosidades de la tela y mi nariz percibe claramente el aire impregnado de olor a flores que penetra por la trampilla superior de la ventana.

Todo era más agradable, más bello, mejor.

—Fui un imbécil —se dijo—. Si llego a saber que esto podría ser tan fácil, no hubiera dudado en venir. Si hubiera hablado hace tiempo con el padre Kirkpatrick o el doctor Dyers, aquella pobre mujer de la farmacia aún estaría viva...

Transcurrió un rato. Mike cada vez sentía más despiertos sus sentidos. Ahora incluso sentía verdadera hambre. Hasta entonces, sólo había comido por instinto de supervivencia, masticando aprisa, sin experimentar el menor placer.

Pero ahora sí, ahora tenía auténtica hambre.

Se incorporó un poco y vio el timbre que había sobre su cabeza, al extremo de un cable. Alzó la mano y lo oprimió.

Minutos después una enfermera aparecía en la habitación.

—¡Ah, ya se ha despertado! ¿Qué tal se siente, Mike? —preguntó la joven.

—Como en el Paraíso —respondió Waldman—. Tengo hambre.

—Ahora mismo le traeré su comida.

—Un momento. ¿Qué hora es?

—Son las seis de la tarde —respondió la enfermera. Esperó un momento, pero al comprobar que el paciente no necesitaba nada más, salió.

Volvió diez minutos después con una bandeja, que colocó sobre una mesa de pie en forma de «U». La enfermera llevó la mesa y ayudó a incorporar a Waldman.

El empezó a comer en seguida, con envidiable apetito. De pronto, alzó la mirada y miró a la mujer.

—Oiga, ¿siempre es tan fácil? — preguntó.

—¿Tan fácil? ¿A qué se refiere?

—Al proceso de rehabilitación de un drogadicto. ¡Yo me siento mejor que nunca! —exclamó Mike, asombrado.

La mujer sonrió, comprensiva.

—No, no es tan fácil. Tendrá que tener mucha voluntad, constancia y paciencia. Es el precio que hay que pagar para volver a ser persona.

Esperó todavía un par de minutos.

—Toque el timbre cuando haya terminado. Vendré a recoger la bandeja —advirtió amablemente. Y se marchó.

Cuando terminó, se sentía muy bien. Había comido mejor que nunca y comenzaba a comprender lo que podría ser la felicidad, al menos en su forma física.

Pulsó el timbre y volvió la enfermera.

—Dígame, ¿cuándo volveré a ver al doctor Dyers?

—Quizá esta misma tarde. Pero no se preocupe, si él no está, nosotros le atenderemos perfectamente. Tenemos instrucciones estrictas — respondió la enfermera.

Le dejó solo en seguida.

Mike se recostó en la almohada y se durmió sin darse cuenta.

Cuando despertó volvió a sentir la ansiedad y los temblores. Al principio, todo fue soportable, luego la sensación de vado y depresión fue tan intensa que estuvo tentado de gritar.

Pulsó el timbre, impaciente. Sentía la sensación de que le habían estafado. Un poco de felicidad, de bienestar absoluto para luego volver otra vez a la vorágine del síndrome de abstinencia.

No vino nadie. En realidad, no habían transcurrido ni' treinta segundos.

Al repetir su llamada, lo hizo con tal violencia que arrancó el cable del que colgaba el timbre.

Era de noche. El hospital permanecía en silencio.

Mike saltó sobre la cama Apenas podía soportar los dolores internos y la ansiedad a flor de piel.

La puerta se abrió suavemente y un hombre de elevada estatura,

delgado y barbudo penetró en la habitación.

—¿Te sientes mal, Mike? —preguntó aquel hombre, suavemente.

Sus cabellos eran canosos y su nariz arqueada. Tenía unos ojos grises, brillantes e inteligentes. Parecía un hombre de unos setenta años.

—¿Quién es usted, dónde está el doctor Dyers? —exclamó Mike, retorciéndose sobre sí mismo.

—Soy el profesor Brown —respondió el hombre de la barba puntiaguda—. ¿Cómo te sientes, Mike?

—¡Como en el infierno! —rugió el paciente, frenético—, ¿Cómo es posible?

—El método terapéutico del doctor Dyers es doloroso, Mike. Tendrás que padecer mucho antes de que te hayas curado de tu toxicomanía.

—Por favor, póngame una inyección. El doctor Dyers lo hizo. Me dormí y desperté en la gloria. ¡Por favor! —suplicó Mike, cuyo malestar iba en aumento.

—De nada serviría muchacho. Sin embargo, yo conozco otra forma de obtener la curación. Sin dolor.

—Pero usted... ¿usted es médico?

—Sí. Y un verdadero especialista en la materia. Mis métodos son mucho más modernos y menos cruentos que los del doctor Dyers. Si tú quisieras...

—Haga lo que sea, pero pronto —murmuró Mike, cuyo rostro se había vuelto gris.

—Está bien. Ven conmigo. Vamos, no dejes escapar esta ocasión de librarte para siempre del vicio que te esclaviza —murmuró el profesor, muy excitado y tenso.

Mike se arrojó fuera del lecho y se abrazó a él. Temblaba tan violentamente que podía transmitir su propia vibración al barbudo profesor Brown.

—Vamos. Lléveme adonde sea, pero líbreme de esta angustia. ¡No puedo sufrirla! —casi gritó.

—¡Calla! Ven conmigo. Muy pronto te sentirás en paz, Mike —musitó el profesor. Le tomó por la cintura y rápidamente le sacó de la habitación.

CAPITULO V

El doctor Christopher Dyers llegó al Hospital de Saint Queentin a las siete de la mañana.

Sin detenerse, corrió a entrevistarse con el médico de guardia y la enfermera de noche.

—Temo haber oído mal por teléfono —dijo con severidad—, ¿Dijo usted, doctor Quincy, que el enfermo de la habitación 27 había desaparecido? ¿Se refieren al joven Michael Waldman?

El doctor Quincey era un interno de apenas veintitrés años. Parecía desolado.

—Oyó usted perfectamente, doctor Dyers: Mike Waldman ha desaparecido. Tal vez se escapó. Sin embargo, ni la enfermera Gibson ni yo escuchamos ningún rumor anormal durante la noche.

Chris trató de tomárselo con calma

—Es posible que sufriera una crisis de ansiedad cuando despertó —dijo.

Quincy se agitó, inquieto. Tenía una hoja de papel en la mano.

—El caso es que, según la enfermera que estaba de guardia cuando Waldman volvió en sí Sally Windmore, Mike despertó muy relajado y animoso. Tenía hambre y pidió de comer. Devoró la comida con excelente apetito — informó el interno, consultando de cuando en cuando el informe.

—¿Se le administró alguna medicación adicional a la que yo había recomendado?

—Ninguna, doctor Dyers. De eso estamos perfectamente seguros —respondió la enfermera de guardia.

—¿Saben cómo huyó?

—No. Descolgarse por la ventana hubiera resultado demasiado arriesgado, pues la habitación de Waldman está en el segundo piso. Pero ya sabe que aquí no se retiene a nadie contra su voluntad. Pudo muy bien abandonar su habitación sigilosamente, descender la escalera y alcanzar el jardín. Es fácil saltar la valla... —dijo el doctor Quincy.

Chris dio las gracias a ambos y se retiró a su despacho.

Se sentó tras su mesa y encendió un cigarrillo. Apenas podía disimular su preocupación.

Considerando que Mike Waldman había llegado a aquella institución hospitalaria voluntariamente, le parecía muy extraño que el joven se fugara antes de cumplirse las veinticuatro horas de su ingreso.

Mike le había parecido una persona que necesitaba ayuda desesperadamente. ¿Por qué, entonces, había optado por la fuga?

Descolgó el teléfono, marcó el número de la iglesia de Saint George y pidió que se pusiera el padre Kirkpatrick. Cuando oyó la voz de éste, carraspeó y explicó:

—Siento darte una mala noticia, Paul. Mike Waldman, el joven que me trajiste anoche, ha desaparecido. Se fugó del hospital.

Chris escuchó un profundo suspiro al otro lado.

—Acabas de evitarme un terrible problema de conciencia, Chris. Hasta hace un momento, me debatía en la duda. Ahora...

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Chris, acabo de saber que la policía busca a Mike por el asesinato de una dependienta de farmacia. Waldman consiguió penetrar en una farmacia de la calle Albert Row y degolló a aquella pobre mujer cuando ella, aterrada, telefoneaba a la policía. Te juro que yo no sabía nada de eso cuando te llevé a Mike. Como verás, Waldman está perdido. Cuando me has llamado, yo me enfrentaba con un terrible problema de conciencia. Mi deber era denunciar el paradero de Mike a la policía Por otra parte, sigo sintiendo conmiseración de ese desgraciado muchacho. Ahora, mi problema se ha resuelto con tu llamada, Chris. Mike quizá ha huido del hospital temiendo ser identificado. La policía le detendrá más tarde o más temprano. Le compadezco sinceramente —confesó el padre Kirkpatrick.

—Yo también lo siento. Ese muchacho parecía desesperado. Sin embargo, me temo que ni tú ni yo podamos hacer ya nada en su favor.

—Sí, eso creo. Siento haberte molestado, Chris.

—¡De ninguna forma! —respondió el médico, cordial—. Ni tú ni yo somos responsables. Buenos días, Paul.

Colgó.

La fuga de Mike Waldman estaba explicada. Había que dar por liquidado el asunto.

Pero...

*

Mike despertó lentamente.

Sentía sus sentidos acorchados, lentos y torpes.

Abrió los ojos y se encontró en una habitación de paredes desconchadas y alto techo.

Tardó largo tiempo en reaccionar, pues sus sentidos no respondían al mandato del cerebro.

Luego, trató de incorporarse. Pero comprobó, con estupor, que fuertes bandas de cuero le inmovilizaban al lecho.

Intentó gritar, pero de su garganta sólo brotó un lamento ahogado.

Forcejeó. Sus miembros comenzaban a recobrar fuerzas.

Una puerta se abrió y apareció aquel anciano de cabellos canosos, ojos penetrantes y barbita puntiaguda.

—Calma, Mike, calma Todo va bien —d profesor Brown se acercó al lecho y observó a su paciente—. ¿Te sientes bien?

—¿Por qué me ha atado? —gritó Mike. Y se asustó al oír el tono áspero y ronco de su propia voz.

Los viejos ojos del profesor destellaron.

—Aún no conozco en profundidad los efectos de la droga sintética con la que te estoy tratando, Mike —dijo—. Fue una simple precaución.

Waldman se debatió violentamente en el lecho. Pero las muñequeras que sujetaban sus brazos eran demasiado fuertes.

—¿Suélteme, quiero salir de aquí! —gritó.

El profesor dejó escapar una risita.

—¿Estás seguro de que quieres marcharte, Mike? Acabo de ver el boletín informativo de la televisión. Miles de policías te buscan por todo el país. Te acusan del asesinato de una mujer, Mike. ¿Sigues insistiendo en que te deje libre?

Waldman cesó en sus gritos y protestas. Sus facciones reflejaban un terror profundo.

—Ten calma. Aquí estás a salvo. Yo te cuidaré bien. Y te aseguro que estás haciendo progresos, Mike. Tu peso ha aumentado diez kilos en poco más de dos semanas...

¡Dos semanas! Mike se sintió asombrado.

Desde que el profesor Brown le sacase del hospital, escondido en el maletero de su automóvil, Mike sólo había despertado en dos ocasiones. Ciertamente, no había experimentado la menor ansiedad ni los acostumbrados dolores internos. Sólo la insensibilidad de sus sentidos le preocupaba un poco. También experimentaba una curiosa sensación de pesadez, que habría que atribuir a su aumento de peso.

En las dos ocasiones en que había despertado, el profesor le había alimentado cuidadosamente. Alimentos blandos, nutritivos, fáciles de masticar.

La primera vez, Brown le había preguntado:

—Mike, ¿quieres que te inyecte una dosis de heroína?

Y él se había apresurado a asentir.

La segunda vez ocurrió algo semejante. Mike seguía necesitando, ansiando la dosis de *caballo*.

Y ahora el profesor estaba al tanto de sus problemas con la policía. Le buscaban ávidamente a lo largo del país. Si le hallaban, en el mejor de los casos sería condenado a reclusión perpetua.

En el mejor de los casos... Pues muchas voces se alzaban ya desde los medios de comunicación, reclamando con insistencia el retomo de

la pena de muerte para ciertos casos extremos.

El profesor sacó de su bolsillo una ampolla de heroína inyectable.

—¿Quieres que te pinche, Mike?

—¡No! —exclamó, y él mismo se sorprendió de la vehemencia con la rechazaba la droga.

¿Significaría aquella reacción que su toxicomanía estaba curada?

El profesor devolvió a su bolsillo la ampolla.

—Muy bien, Mike. Te traeré la comida y luego te inyectaré tus vitaminas. Todo va bien, todo va bien —murmuró el viejo investigador, con una extraña sonrisa en los labios!

Y le dejó solo.

Mike se relajó poco a poco.

No sabía dónde se encontraba, pero se sabía seguro. Aquel viejo chalado parecía empeñado en curarle y protegerle.

Mike no sabía en qué parte de la ciudad se encontraba. De madrugada, el automóvil del profesor se había detenido en alguna parte. Luego se abrió la tapa del maletero y Brown le ayudó a salir de allí.

Se encontraban en el patio interior de un viejo caserón en ruinas. ¿Aldrigham, Cortney, quizá la antigua zona residencial de Low Explanade? Mike no podía responder a esta pregunta.

Logró retorcerse y acercar su rostro a la mano derecha. Sus dedos palparon la barbuda mejilla. Era normal: el profesor había dicho que habían transcurrido más de quince días desde que llegara al caserón.

Pero poco después comprobaba, asombrado, que también su cuello e incluso su pecho estaban cubiertos de fuerte y espeso vello. ¡Y él siempre había sido barbilampiño y escasamente velloso!

El profesor volvió con una bandeja, que dejó en una vieja mesa adosada a la pared rezumante de humedad.

—¡Oiga, profesor, estoy asustado! —clamó con voz ronca y desconocida—. ¡Mi cuerpo está cubierto de vello…!

—¡Je, je! No tienes que preocuparte por eso. Debe ser un efecto secundario de la *neurocycline*.

—¿*Neurocycline*?

—Es una poderosa droga de mi invención. Gracias a ella, llegarás a aborrecer los narcóticos que hasta ahora te han esclavizado. Ahora te soltaré una mano. Debes tener mucho apetito: llevas casi una semana sin ingerir alimentos sólidos. Así: toma la cuchara. Puedes comer todo lo que quieras.

Mike devoró las viandas con hambre voraz. Separó la bandeja de sí y se dejó caer sobre el lecho.

Pero el profesor le ordenó que se pusiera de costado y le inyectó rápidamente.

—Vitaminas —murmuró, cuando retiraba la aguja—, ¡Vas a

ponerte muy fuerte, Mike! Poco a poco, se va produciendo en ti un cambio beneficioso, lo que demuestra que el proceso es positivo. Ahora, descansa. Aquí estarás seguro y protegido. La policía no podría encontrarte. Te lo prometo.

Le arropó cuidadosamente, después de observar, absorto, el espeso vello que recubría todo el cuerpo de Waldman.

—¡No importa, no importa! —murmuró para sí, con la machaconería de los ancianos que se enfrentan con la debilidad mental propia de la senilidad.

Cuando volvió a atar con la muñequera el brazo derecho de Mike, éste estaba ya profundamente inconsciente.

El profesor tomó la bandeja y abandonó la habitación.

CAPITULO VI

El doctor Dyers y la analista Diane Brown se encontraron en la cafetería del hospital.

Gozosos de estar juntos, sonrieron y sus manos se unieron, tibias, bajo la barra, ocultas a las miradas de las personas que permanecían en las' mesas o se apoyaban en el brillante mostrador de acero inoxidable.

El mozo de la cafetería se acercó a ellos y les miró sonriente.

—Dos martinis muy secos, ¿verdad? — preguntó, pues conocía sus preferencias a la hora del aperitivo.

Mientras les servían, encendieron cigarrillos.

Chris Dyers miraba con ansiedad a la guapísima Diane y ella le devolvía una mirada igualmente intensa.

—¿Nos veremos esta tarde? —murmuró ella, agitando el llavero del que pendía la llave del apartamento del médico.

—A las seis. Estoy ansioso, Diane. Llevamos más de una semana sin vemos. Y a propósito, ¿dónde anda el sesudo profesor Brown? —preguntó Chris, con una amiguita de perplejidad en el entrecejo—. Hace algo más de dos semanas que apenas se le ve por el hospital.

—¡Ah, eso! —respondió la joven—. A papá le ha dado por la pesca. Y ¿sabes?, yo estoy encantada. En cuanto tiene un rato libre, papá carga sus trebejos de pesca en el maletero del coche y se marcha al río.

—¡Espléndido! Le conviene relajarse, descansar y respirar aire puro, después de...

El camarero llegó con los martinis. Diane interrogó a Chris .con la mirada.

—... después de pasarse largos meses encerrado en su laboratorio —prosiguió el médico—. Ha trabajado febrilmente, obsesivamente, sin tomarse descanso en largo tiempo.

Probó un sorbo de su copa, lo paladeó, satisfecho, y añadió, oprimiendo cálidamente la fina mano de Diane:

—Te confieso que últimamente el profesor me tenia preocupado —declaró el doctor Dyers—. Sufría lagunas mentales, se equivocaba en sus fórmulas magistrales de laboratorio y llegó a cometer varios errores que me inquietaron mucho.

—¿Crees que papá está... loco? — murmuró Diane, agitando, trémula, sus bellos labios carnosos.

Aquel tema consiguió que el doctor Dyers se sintiera incómodo. Por nada del mundo quisiera herir o perturbar a Diane.

—¿Loco? ¡No! —exclamó, disimulando su íntima preocupación—, Pero los años debilitan el cerebro, atenúan su vivacidad y finalmente

se llega a lo que familiarmente llamamos chochez, que no es otra cosa que senilidad y decrepitud.

—¡Pobre papá! Todo se lo toma tan a pecho, que su trabajo llega a convertirse en una obsesión. Por fortuna, ahora ha decidido tomarse un respiro. Me alegro de que haya decidido apasionarse por la pesca. Ese inofensivo deporte le vendrá bien.

—Eso espero —respondió el doctor Dyers.

Terminaron sus martinis, encargaron sus almuerzos al camarero y ocuparon una mesita junto al ventanal.

Para entonces, Chris Dyers se había olvidado ya del profesor Brown. Gozosamente, se contemplaba en los ojos verdes, apasionados, de Diane Brown.

Ansiaba que llegasen las seis de la tarde. A aquella hora, ambos volverían a reunirse en su acogedor pisito de Panorama Gardens.

*

Mike se agitaba frenéticamente en el lecho. Y sus brazos se tensaban en un paroxismo de locura, haciendo crujir las anchas bandas de cuero que lo sujetaban.

Al fin, chirrió una puerta y apareció el profesor.

—¿Qué te ocurre, Mike?

Pero el joven seguía agitándose salvajemente, tensando sus músculos y bamboleando el lecho con violencia inaudita. Gruñía entre dientes, como un animal feroz.

—Ten calma Voy a ponerte una inyección. En seguida te sentirás mejor —exclamó.

Preparó aprisa todo lo necesario, rompió la ampolla, absorbió la solución transparente en una jeringuilla desechable, aferró al inquieto Waldman por un brazo y le pinchó en el musculoso tríceps.

A los pocos minutos, Mike comenzó a serenarse, hasta quedar inmóvil por completo.

Respiraba tumultuosamente cuando murmuró:

—¿Qué me está ocurriendo, profesor? —su voz tenía resonancias extrañamente ásperas y guturales—. ¡Me..., me siento morir! ¡Es como..., como si me estuvieran desgarrando interiormente!

El anciano parpadeó. Murmuró algo ininteligible entre dientes y observó a Waldman con estupor.

Las facciones del paciente se habían alterado de forma sorprendente desde el día anterior. Ahora aparecían deformadas, como un busto a medio modelar.

Además, el vello de sus cejas había crecido hasta formar una maraña peluda sobre los ojos brillantes e inquietos.

—No te ocurre nada. Mike. Confía en mí —pronunció, desviando

la mirada—. Todo va bien, muchacho, todo va bien.

Sacó una ampolla del bolsillo y la mostró al paciente.

—Heroína —dijo—. ¿Quieres que te inyecte?

Mike se agitó locamente, tratando de liberarse de sus ataduras.

—¡Nooo! —gritó roncamente.

El profesor esperó a que se aquietase. Parecía muy excitado, casi jubiloso, cuando exclamó:

—¿Ves, Mike? Ahora sientes horror a una simple palabra, a un sencillo gesto. La ampolla que te he enseñado, sólo contenía suero, ¿comprendes? Y eso viene a significar que el proceso de desintoxicación es positivo. Yo diría que los resultados son aún más sorprendentes de lo que imaginaba.

—¿Cree que me curaré?

—Creo que ya estás curado —respondió el científico, frotándose las manos, enardecido.

—Entonces, ¡suélteme! —suplicó—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas seis semanas. Aún es pronto, Mike. Debo prever la posibilidad de que surjan complicaciones metabólicas o de otro orden. Ten paciencia. Pronto serás libre.

— ¡No puedo soportarlo más! —volvió a encresparse Waldman—, Cuando usted me pone esas inyecciones de neurocycline, me duermo en seguida, pero al momento comienzo a debatirme en terroríficas pesadillas. Sueño que soy Kroozgaar, el cíclope.

Brown se inclinó ávidamente sobre su paciente.

—¡Kroozgaar, el cíclope! Eso es muy interesante, Mike —susurró —, ¿Por qué no me lo cuentas todo? ¿Quién es Kroozgaar?

—Un asesino prehistórico, un personaje de los cómics que Ida cuando era niño. ¡Kroozgaar, el de los ojos color de sangre! —exclamó Mike, chirriante la voz—. Era un verdadero titán, un ser gigantesco y primitivo, hercúleo como un cíclope y…

—¡Sigue!

Mike había entornado los párpados bajo las peludas cejas. Temblaba.

—En mi pesadilla, yo me sentía tan poderoso como él… ¡Pero no, no quiero ser como Kroozgaar! —chilló.

—¿Por qué?

La voz de Waldman sonó lejana, con trémolos rudos y extraños.

—Kroozgaar era un sádico criminal y un… antropófago. Cuando los hielos le impidieron cazar, devoró a sus propios hijos —relató Waldman, estremecido de horror—. Yo no quiero ser como Kroozgaar. ¡El mataba por matar, se recreaba destrozando a sus víctimas, a las que después devoraba!

Comenzaba a agitarse en espasmos que hadan vibrar el lecho metálico al que permanecía sujeto.

El profesor preparó aprisa un inyección, pues Mike pare-da a punto de sufrir un nuevo ataque violento.

—¡Nooo! —chilló el paciente, aterrorizado—. ¡No vuelva a ponerme esas malditas inyecciones! ¡Por favor, quíteme esa punzante correa de la cabeza, quíteme...!

Pero el anciano se inclinó sobre él y le inyectó en un muslo a través de las ropas de la cama.

Mike arrojaba espuma a través de su boca y la cama de hierro trepidaba como si fuera a desprenderse del suelo.

Durante unos minutos, el acceso nervioso continuó, salvajemente. Luego, los gritos de Mike y sus violentos saltos y contorsiones fueron cediendo.

Cuando se sosegó por completo, sus labios estaban cerrados prietamente. Tan prietamente como sus mandíbulas, que producían un feroz crujir de dientes.

El profesor consultó el dial del aparato eléctrico que había sobre una silla y ajustó adecuadamente los contactos sobre el cráneo de Mike Waldman.

—¡Magnifico, magnifico! —se alejó, frotándose las manos, muy excitado.

CAPITULO VII

El doctor Dyers penetró como una tromba en la sección de análisis clínicos. Allá al fondo, estaba Diane Brown, manejando unos tubos de ensayos. La tableada bata blanca le caía tan bien como el más elegante de sus vestidos.

—¡Diane! —exclamó el hombre, jadeante.

Y ella dejó lo que estaba haciendo y vino a reunirse con Dyers.

—¿Qué te ocurre? ¡Estás tan pálido...! —exclamó ella, escrutándole con interés.

—Tengo que hablar contigo —respondió él precipitadamente, en voz baja—. ¿Dónde podríamos charlar a solas?

—Aquí mismo. Mis compañeros acaban de marcharse a almorzar. Yo me he distraído con un complicado análisis. Pero ¿qué ocurre? —se preocupó Diane.

Chris encendió un cigarrillo. Debía sentirse muy nervioso y distraído, pues normalmente, cuando estaban juntos, solía encender dos: uno para cada uno.

—He venido haciendo algunas averiguaciones sobre aquel muchacho, Mike Waldman. Ya sabes: el joven que me trajo el padre Kirkpatrick. Al parecer, Waldman, impulsado por la ansiedad que produce el síndrome de abstinencia, robó en una farmacia y mató a la dependienta.

—Sí, lo recuerdo — respondió Diane, indecisa.

—He mantenido una larga conversación con un joven llamado George Smith. Es uno de esos pasotas, aficionados a las drogas. Smith me habló de Waldman. Me contó cosas sorprendentes sobre las confidencias que Mike le había hecho, en particular sobre lo que le ocurrió durante su estancia de tres años en la prisión de Farmoor...

—¿Y bien...?

—Mike había sufrido varias espantosas alucinaciones, como consecuencia del consumo indiscriminado de drogas. Contó a su amigo que durante su estancia en prisión había asesinado a tres presos, después de sufrir una extraña mutación. Mike dijo que, tras ingerir el jugo mezclado de varias plantas narcóticas silvestres, había sufrido una mutación que le convirtió en Kabul Hassan, un famoso asesino egipcio.

Diane sonrió, a su pesar.

—Pero todo eso ¡es infantil, Chris! —exclamó.

—Yo no creo en fantasmas, Diane, pero sé muy bien hasta dónde puede llegar el efecto de las drogas, sobre todo en un joven tan imaginativo y débil de voluntad como Mike Waldman. En realidad, sólo he venido a hacerte una pregunta —concretó, mirando fijamente

a la joven.

—Hazla —respondió ella, tranquilamente.

‘—¿Recuerdas dónde estaba tu padre la noche del siete al ocho de mayo?

Diane se acarició el labio inferior, pensativa.

—No recuerdo —dijo—. De esa fecha hace y casi dos meses.

—Haz un esfuerzo —la instó el médico, impaciente—. El día seis de mayo, tú y yo estuvimos en mi apartamento, ¿recuerdas? Después de una movida sesión de cama, me preguntaste por qué me marchaba tan pronto. Poco después me llamaron por teléfono. Me aguardaba el padre Kirkpatrick, que había conseguido llevar a Waldman al hospital.

—¡Ya recuerdo! Tú me preguntas por el día siguiente, siete de mayo.

—¡Eso es! ¿Dónde estuvo tu padre esa noche?

Diane se pellizcó el labio, nerviosa. Parecía un tanto inquieta.

—Papá llegó a casa en la madrugada del día ocho. Me desperté. Le pregunté al respecto y dijo que se había quedado dormido en el laboratorio. No me extrañó: tú sabes que suele ocurrirle con frecuencia.

—Ya — respondió Chris, con una extraña expresión.

—¿Qué me ocultas? ¿Por qué me has hecho esas preguntas? —preguntó ella, cada vez más inquieta.

—Diane, no quiero perturbarte, pero sospecho que Mike Waldman no se fugó del hospital.

—Y piensas que papá tuvo que ver algo en ello.

Chris asintió. Le dolía hablar así a la mujer que amaba apasionadamente, pero tenía que ser sincero.

—Sí, eso es lo que pienso. Y hay muchos datos que respaldan mi creencia. El laboratorio que utiliza el profesor Brown está frente a los ascensores y la escalera. Desde allí resulta fácil llegar a la segunda planta, sin que nadie pueda advertirlo. Creo que tu padre ha cometido un locura.

—¡Chris, temo que vas demasiado lejos! Eso no es suficiente para sospechar...

—Cierto, no es suficiente —prosiguió, implacable, el hombre—. Pero se da la circunstancia de que tu padre abandonó sus trabajos precisamente aquel mismo día. Luego está su inesperada afición a la pesca. Por otra parte, de su laboratorio han desaparecido sus cuadernos de anotaciones y su extraño aparato electrónico, al que puso el raro nombre de *tropoencefalómetro*. Como comprenderás, todo eso concuerda con mis sospechas.

Diane se movió, inquieta.

—¡Di la verdad de una vez! Tú crees que mi padre sacó a

Waldman del hospital —clamó, irritada.

—Quizá esté equivocado, pero eso es lo que sospecho —afirmó Chris. Y trató de calmarla—. Escucha, Diane, nada me gustaría más que comprobar que estoy equivocado. Pero ten en cuenta que miles de policías se mueven día y noche para intentar detener a Mike. Y aún no lo han conseguido. Un joven drogadicto como él, necesita una dosis de heroína cada poco tiempo. Y su afición hubiera facilitado su detención. Pero Mike Waldman no da señales de vida. ¿Por qué?

Diane paseó, muy agitada, de un extremo a otro del laboratorio de análisis clínicos. De repente, se detuvo ante el doctor Dyers y pidió un cigarrillo, que éste se apresuró a encenderle.

—Está bien, Chris. ¿Qué es lo que deseas de mí? —preguntó, angustiada.

—Que observes a tu padre, que le sigas cuando salga de casa y averigües adonde va. Parece demostrado que sus aficiones piscícolas no son sino una tapadera de otras actividades. Una vez hayas averiguado lo que te pido, telefonéame o ven a verme. Seré discreto, te lo juro. Por cierto, ¿cuándo viste por última vez a tu padre?

Diane se inmutó.

—Anoche no vino a dormir. Imaginé que se había quedado en su laboratorio. Por eso vine tan de mañana. Pero mi padre no estaba aquí.

—¿Dónde crees que puede estar?

—No lo sé, Chris. Empiezo a sentirme aterrada.

—Vamos, cálmate, preciosa —Chris le había abrazado y besaba sus labios cariñosamente—. Vete a casa cuando termines. Si tu padre no está en casa, llámame. Estaré aquí o en mi apartamento.

La besó rápidamente y dijo:

—No te atormentes por anticipado. Quizá todo sean suposiciones mías.

Y abandonó el laboratorio.

*

El profesor Nicholas Brown condujo su automóvil hasta el centro del amplio patio empedrado, en el que crecía profundamente la hierba.

Paró el motor, descendió y cerró el portón de acceso al viejo edificio. Luego, recogió su maletín del interior del coche, introdujo una llave en la cerradura de una puerta apolillada y entró.

El ambiente olía a humedad. El suelo estaba cubierto de polvo y los ratones pululaban por los desiertos pasillos de lo que había sido un fastuoso palacio Victoriano.

El profesor pulsó un interruptor eléctrico y en lo alto del techo

lució una mortecina lámpara. Los peldaños de la ancha escalera crujieron cuando el anciano ascendió lentamente.

Encendió otras luces cuando llegó arriba, todas tan débiles, polvorientas y mortecinas. Dejó el maletín en una pieza más aseada y ordenada que las restantes y cruzó el largo corredor.

—Comprobemos los progresos que ha hecho Mike durante estos días —murmuró. Y dejó escapar una cascada risita.

Sacó el llavero y seleccionó una llave. Al apoyarse en la puerta, ésta cedió.

—¡Caramba! —exclamó, sorprendido—. ¿Cómo es posible que...?

Empujó Ia puerta y tanteó la pared para dar la luz.

Sus viejos ojos se desorbitaron al contemplar la cama de hierro. Estaba deshecha y vacía.

Se aproximó, vacilante, y comprobó que las anchas correas de cuero estaban rotas.

—¿Cómo habrá conseguido hacerlo? —murmuró, incrédulo, pues las bandas de cuero no habían sido partidas con un cuchillo u otro instrumento cortante. Se dina que alguien las había roto a bestiales tirones.

En el pasillo se oyó un rumor quedo.

El profesor Brown se volvió y quedó paralizado de terror al contemplar la altísima silueta que apenas cabía en el marco de la puerta.

Un grito delirante salió de lo más profundo de su garganta.

—¡¡Kroozgaar!! ¡No es posible...!

Esas fueron sus últimas palabras.

CAPITULO VIII

El teléfono comenzó a zumbar cuando Chris se encontraba bañándose en el agua tibia y espumosa.

—¡Ya voy! —gritó, instintivamente. Y salió del baño, se cubrió con una gran toalla y fue a atender el teléfono, que seguía zumbando con insistencia.

Descolgó con una mano húmeda y en seguida oyó la voz excitada de Diane Brown.

—¡No puedo esperar más, Chris! Papá no ha vuelto a casa desde ayer por la mañana y yo estoy a punto de sufrir un ataque de nervios. He hecho docenas de llamadas telefónicas, pero nadie conoce el paradero de mi padre. He llamado también a los hospitales, a las comisarias, a los puestos de socorro. Ha sido inútil. Nadie sabe donde está papá —sollozó.

—No llores, por favor — respondió Dyers, emocionado—. Estaba en el baño, pero me vestiré en un santiamén y me reuniré contigo en seguida. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde mi casa. ¡No tardes, te lo ruego! ¡Me siento tan angustiada!

—No te preocupes, estaré ahí en diez minutos —prometió el doctor Dyers.

Eran las ocho menos cuarto de la noche. A las ocho en punto, Dyers estacionaba su «Talbot» a la altura del número treinta y siete de la calle Dorchester.

Subió al tercer piso sin detenerse a esperar el ascensor y se reunió con una atribulada Diane Brown.

—Estoy segura de que a mi padre le ha ocurrido algo siniestro. Es una premonición, Chris. Cuando más pienso en lo que me dijiste este mediodía acerca de tus sospechas, más segura estoy que a papá le ha sucedido algo terrible —murmuró, abrazada a Dyers.

Chris la agitó levemente por los brazos.

—Pero ¡vamos! Tienes que reaccionar. Aún no sabemos nada. Hablemos tranquilamente. Tu padre debe disponer de algún lugar donde...

— ¡El caserón de Low Explanade! —gritó Diane, de improviso.

—¿El caserón de Low Explanade? ¿Qué es eso?

—Lo había olvidado por completo, Chris. Y ahora, cuando tú has empezado a hablar, lo he recordado de pronto —exclamó Diane, muy nerviosa—. Papá compró aquella casa hace varios años. Creo que fue un verdadero palacio de los tiempos de la reina Victoria. Su dueño era un embajador paso en Londres y lo utilizaba como residencia de verano. Sus posteriores propietarios lo abandonaron y la casa,

demasiado grande y costosa, comenzó a venirse abajo. Creo que a papá le costó muy barata, precisamente porque había que gastarse mucho dinero en reconstruirla.

—¿Y dices que está en Low Explanade?

—Sí, en Riverside Avenue. Papá ha amado siempre las casas espaciosas y pensaba reconstruir una de sus alas. Quería ir a vivir allí cuando abandonase sus investigaciones, criar animales domésticos y todo eso. ¡Ahora lo comprendo! Papá fingía irse de pesca, pero en realidad pasaba horas y horas en el caserón de Riverside Avenue —respondió la joven.

Chris la tomó por los brazos.

—¿Has denunciado su desaparición a la policía? —inquirió.

—No. Preferí consultarte antes de hacerlo.

—Muy bien. ¿Tienes alguna llave de aquella casa?

Diane retrocedió hasta el pasillo.

—Papá tiene la manía de sacar varias copias de cada llave. Creo que guarda las copias aquí.

Abrió el cajón de un bonito taquillón tallado y revolvió su contenido. Poco después regresaba con unas llaves.

—¡Aquí están! —exhibía un llavero con una etiqueta de plástico.

—Perfectamente. Vamos, echaremos una ojeada a ese caserón. Tal vez, todas nuestros temores sean infundados y tu padre, distraído, 9Ólo ha olvidado llamarte para 'avisarte que está enfrascado en sus estudios. Pero hay que comprobarlo.

Abandonaron el piso y descendieron a la calle.

Poco después de las ocho y media, el automóvil del doctor Dyers se detenía en la avenida Riverside.

Aquel ancho paseo, que había sido hasta la Segunda Guerra Mundial el centro de una elegante zona residencial, llena de lujosas residencias y hoteles fastuosos, no era ya más que un precario recuerdo del pasado. Los árboles necesitaban una poda, los paseos estaban llenos de montones de detritus y los jardines de las villas próximas sólo eran una tupida maraña vegetal.

La casa que les interesaba era enorme, con un gran jardín anterior y un acceso lateral para los vehículos. Impresas en el barro, aparecían unas rodadas recientes.

—Esas son las huellas del coche de mi padre —observó Diane, más animada. Y propuso a Chris—: ¡Sigámoslas!

Se detuvieron ante un ancho portalón de puertas desencajadas. Las huellas se dirigían al otro lado de aquella puerta. La cerradura del portalón era reciente, moderna.

Dyers seleccionó una llave y dijo Diane:

—Vuelve a mi coche y busca una linterna en el guantero. Te esperaré aquí.

La joven volvió a la carrera, con la linterna en la mano. La encendió y Chris introdujo la delgada llave en la cerradura. Empujó y oyeron el chirrido de la pesada hoja.

—¡Ese es su coche! —exclamó Diane, señalando el automóvil detenido en el centro del patio herboso.

Sin preocuparse de cerrar la puerta, avanzaron hacia el coche. Estaba vacío. Era fácil seguir el sendero bordeado de hierbajos. Atravesaron el patio y se detuvieron ante una apolillada puerta tallada. A la luz de la linterna, Chris buscó la llave correspondiente y abrió.

Diane se estremeció al escuchar un estridente chillido.

—No te asustes —susurró Dyers—. ¡Ha sido una rata!

El cono luminoso de la linterna descubrió el sombrío interior: un largo y polvoriento pasillo, unos techos de los que colgaban telarañas y el arranque de una artística escalera tallada en madera.

Sobre el polvo, eran claramente visibles unas pisadas, que se dirigían precisamente a la escalera.

—Todo está tan solitario, silencioso y oscuro... —musitó Diane. Y volvió a estremecerse—. No logro entender por qué papá decidió trabajar en un lugar tan desapacible y desagradable.

Dyers tenía una idea, pero no la expresó en voz alta.

—Echemos un vistazo —propuso. Y avanzó hacia la escalera. Diane le siguió inmediatamente.

Chirriaron los apolillados peldaños.

—Ten cuidado donde pisas, preciosa. Las maderas están podridas — recomendó el hombre.

Llegaron arriba y Chris recorrió los desolados pasillos con su linterna. A la izquierda había una puerta entreabierta. La empujó y descubrió una estancia limpia de polvo y telarañas. Había una mesa en buen estado, una silla y un flexo. En un armario colgado de la pared, hallaron gran cantidad de latas de conservas y una barra de pan seco. En otra mesa más pequeña vieron un hornillo eléctrico y una pila de vasos y platos de papel.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió Diane, intranquila—, Ese flexo es del despacho de papá. Y también ese maletín que está en el suelo.

A la luz de la linterna, Chris descubrió el interruptor de la luz y lo accionó. Apagó la linterna, la guardó en un bolsillo y cogió el maletín que estaba bajo la mesa.

Lo abrió. Estaba lleno a rebosar de cajas de específicos, jeringuillas de inyecciones y cuadernos de apuntes.

Chris estaba revisando ávidamente uno de los cuadernos, cuando escucharon un estrépito en el exterior.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Diane, espeluznada.

Los músculos faciales del hombre se pusieron rígidos. Luego tomó, decidido, la linterna y se asomó al pasillo.

—¿Quién anda ahí? — gritó.

Encendió la linterna. Vio una sombra al final del larguísimo pasillo. Luego se oyó un gran estrépito de cristales y finalmente volvió el silencio.

A Diane le castañeteaban los dientes.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Me he llevado un susto espantoso!

Chris la tomó por una mano, la de la joven estaba fría como el hielo.

—¿Quieres quedarte aquí? Iré a echar una ojeada. Creo que se trataba de un merodeador. Ese tipo debió pensar que aquí obtendría un buen botín y... Bueno, ha huido al comprobar que estábamos aquí.

—¡Espera, no me dejes! Voy contigo —respondió Diane.

Caminaron, cautelosos, hasta el final del pasillo. Una ventana de cristales aplomados estaba destrozada, rotos los gruesos listones de madera, casi desgastados del marco. El suelo estaba cubierto de fragmentos de cristales de colores.

Asomando el busto fuera, Dyers comprobó que había una distancia de, al menos, cinco metros hasta el suelo. Varios árboles elevaban sus frondas por encima de la ventana, pero estaban demasiado lejos para que el fugitivo hubiera saltado a uno de ellos.

—¡Es increíble! —exclamó Dyers, que recorría con la linterna los recovecos del descuidado jardín—. Ese tipo debió romperse la crisma O por lo menos una pierna. Pero no ha sido así, porque no está a la vista. Ha conseguido huir.

Recorrieron el pasillo en sentido inverso y volvieron a la pequeña habitación próxima a la escalera. No llegaron a entrar, porque Dyers advirtió que un reguero de pisadas se dirigía a una puerta situada al otro lado del pasillo.

Empujó aquella puerta e inmediatamente un hedor nauseabundo le fustigó el rostro.

Detuvo a Diane con un gesto.

—¡Quédate ahí! —ordenó, enérgico. Y ella retrocedió unos pasos.

Chris empujó la puerta, contuvo la respiración y avanzó unos pasos. A los pocos segundos retrocedió, lívido.

—¡Chris! —gritó la joven, aterrada—, ¡Es... como si hubieras visto a Satanás en persona! ¡Por amor de Dios! —chilló, al ver que el hombre, descolorido el semblante, callaba—, ¿Qué hay ahí dentro?

Dyers la tomó por los hombros y murmuró:

—Ten valor, Diane. Tu padre está... muerto.

Ella balbuceó entrecortadamente algo ininteligible. En seguida se le doblaron las rodillas y Dyers hubo de sostenerla en sus brazos para impedir que se desplomara.

CAPITULO IX

El superintendente Croffton respondió al interfono:

—Sí, hagan pasar en seguida al doctor Dyers.

Croffton depositó en un cenicero su mordisqueado habano. Su médico le había aconsejado que dejase de fumar, pero el superintendente lo había intentado y el resultado fue un aumento de quince kilos de peso. Si se consideraba que su meso normal era de ochenta kilos para una estatura de poco más de un metro sesenta, era lógico —hasta cierto punto— que hubiera optado por seguir fumando.

Llegó el inspector McShane con el joven Dyers. Croffton les invitó a sentarse.

—Bien, doctor Dyers: espero que usted pueda poner un poco de orden en este condenado embrollo. Pero antes dígame: ¿cómo se encuentra la señorita Brown? —se interesó.

—Bien, dentro de lo que cabe —repuso el médico. La huella del mal trago pasado la noche anterior se reflejaba en sus facciones pálidas y demacradas y en las grandes ojeras, señal de que había pasado la noche en vela—. Miss Brown ha sido hospitalizada. Es joven y animosa. Espero fervientemente que se recupere pronto.

—¿Ha desayunado?

—No he tenido tiempo. Vine en cuanto me llamó usted. Apenas son las siete de la mañana.

—Bien. ¿Qué prefiere, té o café? —preguntó el superintendente.

—Café, por favor. Solo si es posible. Necesito mantenerme despierto.

—Perfectamente, doctor —Croffton pulsó una tecla de su interfono y pidió que les subieran café abundante.

Luego miró a Chris Dyers con simpatía e interés.

—Sé que está muy cansado, pero no podemos esperar. Usted sabe ya que encontramos el cadáver despedazado del profesor Nicholas .Brown en el caserón de Riverside Avenue. Hasta ahora la noticia no ha trascendido a la Prensa, pero es posible que muy pronto se filtren los rumores y tengamos una legión de reporteros encima. Personalmente, prefiero trabajar sin el molesto acoso de los periodistas. Por eso le hice venir: estoy seguro de que usted podrá aclarar este complicado asunto.

—Haré todo lo posible —respondió Dyers, aunque había decidido mostrarse reservado, en lo posible.

—Bien. El cuerpo del profesor Brown estaba horriblemente mutilado. Le habían arrancado la cabeza del cuerpo y... también le rompieron el cráneo —describió Croffton, sin conmoverse—. Su espina dorsal estaba fracturada varias veces, al igual que sus brazos y

piernas, desgajadas a la altura de la cadera.

Dyers ocultó el rostro en ambas manos.

—¡Lo sé, lo sé! Lo vi todo de un vistazo. Por eso retrocedí apresuradamente e impedí que la señorita Brown viera aquella horrenda escena. De todas formas, ella se desmayó en mis brazos, de modo que la saqué de allí, la llevé al coche y la trasladé al hospital. Su shock no es grave, pero aún no sabemos cómo reaccionará.

El superintendente mordisqueó su habano, impaciente.

—Y luego nos telefoneó, sí. Pero vayamos por partes. ¿Qué hacían en aquel desolado caserón usted y la señorita Brown?

Dyers se lo explicó: el profesor Brown llevaba casi dos días sin aparecer por su casa. Diane recordó la existencia del antiguo palacio y fueron ambos allí para averiguar si el profesor había sufrido un accidente.

En ese momento, llamaron a la puerta y Croffton dio su autorización con un gruñido. En el Yard, el superintendente tenía fama de individuo con malas pulgas, pero también de hombre justo y excelente investigador.

Penetró un policía con una bandeja y servicios de café para tres. El propio Croffton sirvió el café en tres tazas.

Bebieron la aromática infusión. Dyers había encendido, nervioso, un cigarrillo y Croffton le observaba sin pestañear. En cuanto al joven y distinguido inspector McShane, bebía su café apaciblemente.

—Tras el hallazgo del cadáver despedazado de Brown, registramos toda la casa. Encontramos una ventana destrozada. Y también una pequeña habitación, que parecía haber sido habitada recientemente. Había un maletín, que contenía espedficos, material para inyecciones y unos cuadernos de anotaciones, escritos con una letra farragosa, casi ilegible. Suponemos que era la letra del profesor Brown. ¿Estoy en lo cierto, doctor?

—Creo que sí, no estoy seguro.

—En la habitación donde se hallaban los restos del profesor, había una cama de hierro, con correas de cuero, rotas. Todo eso da idea de que aquí se retenía a alguien contra su voluntad, ¿no cree, doctor? —pronunció Croffton, entornados sus astutos ojillos grises.

—Lo ignoro, superintendente.

—Sin embargo, usted es el jefe de la Sección de Rehabilitación de jóvenes drogadictos del Hospital de Saint Queentin, ¿no es cierto?

—Ya lo sabe. Yo mismo se lo dije por teléfono —asintió Dyers—. ¿A qué se debe ese comentario?

—A que encontramos un pijama con las iniciales S. Q. H. Iniciales que corresponden al hospital donde usted trabaja. El pijama estaba destrozado, pero eso nada tiene que ver. ¿Cómo se explica que encontráramos el pijama allí?

Chris se encogió de hombros.

El profesor Brown había muerto en horribles circunstancias. Dyers estaba dispuesto a proteger su memoria hasta donde le fuera posible.

—¿No lo sabe? —Croffton le escrutaba atentamente—. Pues yo pienso que ese pijama era el que se llevó Mike Waldman cuando huyó del hospital. Usted, doctor Dyers, tenía noticias de la fuga de Waldman, pero no avisó a la policía. ¿Por qué?

Chris esperaba —y temía— aquella pregunta, pero estaba preparado para responder.

—Yo no sabía que Waldman estaba reclamado por la policía. El joven llegó allí voluntariamente y luego se marchó. En Saint Queentin no retenemos a nadie contra su voluntad —dijo.

—Pero debió llamarnos cuando supo que Waldman estaba reclamado por asesinato. Sin embargo, eso carece de importancia ahora. Hay aspectos de este caso que me interesan mucho más. Usted conocía bien al profesor Brown. ¿Qué clase de persona era?

Chris habló durante un rato. Elogió a Brown como investigador y descubridor de importantes específicos terapéuticos y describió a grandes rasgos el trabajo que el anciano profesor desarrollaba en el hospital Saint Queentin.

—¿Sabe usted, doctor Dyers, qué clase de trabajo realizaba Brown en un lugar tan apartado y desapacible como el caserón de Riverside Avenue? —inquirió el superintendente.

—No tengo ni idea.

—¿No echó una ojeada a sus cuadernos? Me refiero a los que encontramos en un maletín. Según su anterior declaración, usted y miss Brown penetraron en aquella pequeña habitación. ¿No sintió la curiosidad de echar un vistazo a los documentos de Brown?

—Tomé uno en mis manos, pero la letra del profesor es muy difícil de entender. Y en aquel momento, oímos un gran estrépito que distrajo mi atención.

—¡Ah, el misterioso intruso! Vimos sus huellas en la tierra húmeda del jardín, ¿verdad, inspector McShane? —dijo Croffton, consultando al joven policía—. Unas huellas desmesuradas de pies curiosamente descalzos. Según usted, doctor, aquel individuo se arrojó literalmente contra la ventana, que destrozó. Debió romperse la cabeza, pero, según ut.ted, resultó indemne y escapó.

—Eso es lo que se supone. Abajo no había nadie.

—¿Qué pensaría, doctor, si yo le dijera que las huellas de los descalzos pies del intruso medían más de cuarenta centímetros? —exclamó Croffton. Sonrió apenas y añadió—: Y no me diga que iba descalzo porque en este país no se fabrica calzado para unos pies tan descomunales...

McShane rió de buena gana. Dyers permaneció serio.

—No pude ver muy bien a aquel individuo, superintendente —afirmó—. El pasillo es larguísimo y las pilas de mi linterna estaban casi gastadas. Sólo pude ver un bulto confuso en la penumbra.

—Ya, pero volvamos a nuestra conversación anterior —propuso Croffton, aunque antes ofreció—: ¿Más café?

—Sí, por favor —dijo Chris. Y dejó su taza sobre la mesa.

Mientras Croffton, personalmente, le servía, Dyers encendió un nuevo cigarrillo.

El superintendente bebió un sorbo de café, se enjugó el gris mostacho con una servilleta de papel y dijo:

—Yo tengo una hipótesis: el profesor Brown ayudó a escapar a Mike Waldman.

—¿Está seguro? —murmuró Dyers, para disimular su embarazo.

—Ya le digo que sólo es una hipótesis —respondió el policía—, No obstante, ignoro por completo los motivos que le animaron a ello. También ignoro qué tipo de tratamiento administró el profesor a su peligroso paciente. Sobre una silla, encontramos un extraño aparato electrónico que están examinando nuestros especialistas. ¿Sabe a qué me refiero, doctor?

Dyers dudó. Pero finalmente decidió responder:

—El profesor llevaba a cabo investigaciones y estudios, encaminados a luchar contra la drogadicción. Estaba ilusionado en conseguir, mediante un método rápido, que los jóvenes drogadictos perdieran su dependencia de las drogas. Ese aparato, al que él llamaba tropoencefalómetro, estaba destinado a ello y formaba parte de su proyecto. Pero jamás lo aplicó a ningún ser humano.

Croffton y McShane le miraron con atención.

—¿Quiere decir que sí llevó a cabo experiencias con animales? —consultó el más joven de los dos policías.

—Sí, con antropoides. Con bastante éxito.

—Pero usted no debía estar muy convencido de la eficacia del método Brown, ¿no es cierto? —preguntó Croffton, sin parpadear.

La pregunta pilló a Chris por sorpresa, pero se recuperó en seguida.

—Sólo me fío absolutamente de lo que se ha experimentado durante largos años. Soy un poco conservador al respecto. Lo cual no quiere decir que el método de Brown no llegase a demostrarse eficaz, más adelante.

Croffton iba a decir algo, cuando le interrumpió el repiqueteo de uno de los dos teléfonos que tenía en su mesa. Descolgó el auricular y escuchó,, inexpresivo, durante cinco minutos. Luego colgó y miró fijamente a Dyers.

—Acaban de llamarme de la morgue, donde varios médicos llevan a cabo la autopsia de los restos del profesor Brown —declaró—. La

opinión de estos cirujanos es que el hombre que mató y mutiló a Brown debía ser un tipo descomunal. Un hombre de enormes manos y la potencia de un cíclope, por poner un ejemplo expresivo. No utilizó ninguna herramienta para despedazar el cadáver, sino que se sirvió de sus manos.

Chris se encogió en su asiento.

—Según la información que poseo, Mike Waldman era un joven delgado, casi escuálido de un metro setenta de estatura. ¿Es cierto, doctor Dyers?

—Sí, poco más o menos.

—Eso me induce a descartar a Waldman como autor del asesinato de Brown y del posterior descuartizamiento —dijo. Y de nuevo miró a Chris con insistencia—. ¿No tiene nada que decir al respecto?

—¿Qué puedo decir? Waldman era débil, enfermizo… Mi razón no admite que. pudiera llevar a cabo esas espeluznantes mutilaciones.

—Quiero hacerle una consulta todavía, doctor Dyers —Croffton apagó, por fin, su despanzurrado cigarro—. ¿Sabe si Waldman padecía aberraciones… por ejemplo, la necrofagia?

—¿Mike, un necrófago? No lo creo. Aunque lo cierto es que no llegué a conocerle en profundidad: sólo le traté durante unas horas —respondió Dyers.

Croffton y McShane cambiaron una mirada inteligente.

Luego el superintendente dijo:

—Usted sólo permaneció unos segundos en la habitación del crimen y no tuvo tiempo suficiente para descubrir ciertos detalles macabros. Pero nosotros permanecimos cuatro horas en aquel lugar, aunque no fue necesario un plazo tan largo para descubrir que la cabeza del profesor aparecía extrañamente aplastada.

—¿Aplastada? Ni siquiera pude ver su cabeza. Sólo vi el cuerpo mutilado y retrocedí.

—La cabeza estaba bajo la cama. El asesino había levantado la tapa de los sesos y extraído el cerebro. El cráneo estaba vacío —relató McShane, sin inmutarse.

—Por eso le pregunté si Waldman era un necrófago. Creemos que el asesino de Crown sí lo es… —añadió el superintendente.

El rostro de Dyers se tomó terroso.

—¡Dios todopoderoso! —murmuró, desencajado—. En ese caso, el individuo que mató al profesor es un peligroso perturbado, una verdadera fiera, primitiva y salvaje.

—Eso es lo que tememos. La experiencia policial nos dice que cuando se produce un crimen tan siniestro, jamás se trata de un caso aislado. Pensamos que ese asesino volverá a matar. Por eso queremos acelerar la investigación al máximo: para intentar capturarle antes de que vuelva a matar —explicó el superintendente Croffton.

Dyers no hizo ningún comentario'. Para disimular su turbación, tomó la taza de la mesa y se la llevó a los labios. El café estaba frío y amargo.

CAPITULO X

Diane lloraba silenciosamente.

Chris acariciaba sus mejillas y pronunciaba a su oído cariñosas palabras de ánimo.

—No llores, preciosa, no puedo soportarlo. Ya sé cuál es tu estado de ánimo. El mío no es mucho mejor. Sin embargo, hemos de superar este trance, Diane.

—¡Papá, pobre papá! —sollozó ella, enjugándose las lágrimas con un húmedo pañuelo—. Tú tenías razón, Chris. Mi padre había perdido la razón. Se esforzó demasiado y...

Siguió llorando quedamente.

—Ahora... ahora estoy sola, no tengo a nadie...

Dyers la oprimió suavemente contra sí.

¡Me tienes a mí, querida! Nunca me separaré de ti.

Diane apartó el pañuelo de sus enrojecidos ojos.

—¿Quieres... quieres decir que me amas, que estás enamorado de mí? —susurró.

—Te amo más que a nadie, chiquilla mía —respondió él, apasionado.

Diane se cobijó entre sus brazos, mimosa.

—Nunca me lo habías dicho. Yo me enamoré de ti desde que te vi la primera vez y te oí hablar a los jóvenes drogadictos. Pero tú nunca fuiste muy expresivo. Pensé que yo te gustaba, que me deseabas intensamente, pero...

—Tienes razón, no soy lo que se dice un don Juan. No es más que timidez. Eso me impidió declararme, como un antiguo enamorado. Pero ahora sabes que no puedo querer a nadie más que a ti. Y ahora más que nunca.

—¡Oh, Chris, Chris! —musitó ella, hundiendo el rostro en el pecho del hombre.

Permanecieron abrazados largo rato.

Luego, Chris dijo:

—He telefoneado a tu tía Geny Kumpfmann. Es una mujer animosa, valiente y afectuosa. Te cuidará mientras estés hospitalizada. ¿Crees que he hecho bien?

—Todo lo haces bien, querido Chris. ¡No te separes nunca de mí! —exclamó ella, estremecida.

—Te lo prometo. Tu tía dijo que se pondría en viaje en seguida. Por fortuna, tu tía no tiene mayor responsabilidad que cuidar sus canarios. Sé que te cuidará y te consolará mucho mejor que yo.

—¡No digas eso, Chris!

—Es la verdad. En ciertas ocasiones, no hay como la sensibilidad

de una mujer madura, sensible y valerosa. Y ésa es tu tía Geny. Tu madre también debió ser así...

—¡Oh, sí! Mamá tenía bien asentados los pies sobre la tierra, pero cuando ocurría alguna desgracia sabía olvidar su propio dolor y consolar a los demás y elevar su ánimo. ¡Pobre mamá! Murió cuando yo era aún una adolescente. Papá, que tantos remedios halló para los demás, no pudo encontrar ninguna solución a la enfermedad incurable que padecía mi madre...

Al mencionar a su padre, las lágrimas brotaron de nuevo, abundantes.

Chris volvió a rodearla con sus brazos y la besó con ternura.

Sin embargo, un pensamiento inquietante le embargó. Hasta entonces, Diane sólo sabía que su padre había muerto asesinado. Pero ¿cómo reaccionaría cuando supiera todo lo demás?

Croffton le había prometido tratar aquel caso con toda discreción, pero si alguna publicación sensacionalista se olía el asunto, los escalofriantes pormenores del crimen saltarían a la actualidad en todos los medios y Diane acabaría enterándose de todo.

Lo más importante para Dyers era ganar tiempo. El era doctor en Medicina y profesor de Psicología Aplicada. Sabía por experiencia que el cerebro humano posee recursos para defenderse de los traumas más intensos. Y en este caso, un recurso capital era el tiempo. Si pasaban unos días antes de que Diane supiera la verdad de lo ocurrido a su padre, el choque emocional sería mucho menor.

Diane se había serenado un tanto. Una de sus manos aferraba las del hombre y le acariciaba apasionadamente.

—Chris, ¡si no te tuviera a ti! — murmuró.

—Calla. Todo pasará. Y nuevamente volveremos a ser felices — respondió él, con voz cálida y persuasiva.

Estaban abrazados aún, cuando golpearon la puerta quedamente. Se separaron y una enfermera apareció:

—Doctor Dyers, una llamada telefónica para usted. En su despacho — dijo.

—¿Por qué no te han llamado a mi habitación? Saben que estás aquí —protestó Diane.

—No lo sé. Pero volveré en cuanto pueda —respondió el médico.

Salió de la habitación de Diane y caminó apresuradamente hacia su despacho.

Cuando descolgó el teléfono y oyó la voz del superintendente Croffton, comprendió por qué' no le habían pasado la llamada a la habitación de Diane Brown.

—Sí, el doctor Dyers al aparato.

—Sólo quería hacerle unas preguntas, doctor —dijo Croffton—. ¿Le dice algo la palabra *Kroozgaar*?

—No —respondió Chris, desconcertado—. ¿Qué significa?

—Lo ignoro. Pero tenía la esperanza de que a usted le dijera algo. En uno de los cuadernos del profesor Brown, éste hizo constar: «M. W. cree haberse reencarnado en Kroozgaar el Cíclope». También hay otras curiosas anotaciones, una especie de diario clínico. ¿No sabe qué significan las iniciales M. W.?

—No caigo ahora mismo.

—Pues es muy fácil, doctor significan Michael Waldman —respondió Croffton, sarcástico—. En los cuadernos de Brown hay muchas anotaciones interesantes, aparte de las meramente técnicas o profesionales. Tengo que hablar con usted. ¿Quiere venir a mi despacho o prefiere que yo le visite en el hospital?

—No, no es necesario que venga —se apresuró a contestar Dyers —. Iré dentro de un cuarto de hora.

—Perfectamente. Le estaré esperando.

Chris abandonó, preocupado, su despacho.

—Me temo que va a ser muy difícil para mí seguir protegiendo la memoria del profesor Brown —pensó, mientras se dirigía a la habitación de Diane.

Entró en la estancia y habló brevemente con la joven. Como había prometido, quince minutos más tarde estaba en el despacho del superintendente Croffton, al que acompañaba el joven inspector McShane.

Cuando se hubo sentado, Croffton le tendió una hoja mecanografiada.

—Lea eso, por favor —pidió.

Chris dirigió una breve mirada a los dos policías y luego dedicó su atención al texto mecanografiado.

> «Día 22-6-82. — M. W. progresa constantemente. Aumento de peso: ha puesto 15 kg. El vello se extiende por todo su cuerpo. Reacciona hostilmente a la palabra "heroína’’.
>
> Día 23-6-82. — M W. se vuelve violento. Odia las inyecciones de n.c. Padece largas y penosas pesadillas. Su rostro se ha deformado considerablemente.
>
> Día 24-6-82. — M. W. cree haberse reencarnado en Kroozgaar el Cíclope. Desmesurada hipertrofia muscular. Su peso es de 110 kg.
>
> Día 25-7-82. — M. W. no duerme ya, incluso bajo los efectos del t.e.m. Tiene una fuerza descomunal y rechaza la comida habitual. Prefiere...

Dyers dejó la hoja sobre la mesa.

—¿Qué le sugiere todo eso, qué significan las siglas n.c. y t.e.m.? —inquirió el superintendente con avidez.

El doctor Dyers dejó escapar un profundo suspiro.

—Imagino que las iniciales n.c. deben referirse a la *neurocycline* una droga sintética descubierta por el profesor Brown. Es una droga muy activa y se utiliza en las paranoias y esquizofrenias. En cuanto a t.e.m., supongo que significará tropoencefalómetro, un aparato electrónico de la invención, igualmente, del profesor Brown. El pensaba utilizarlo como eco-encefalograma, es decir, un aparato capaz de enviar órdenes al cerebro. Ese aparato no está muy experimentado. Jamás imaginé que el profesor se atreviera a utilizarlo.

—Pues, al parecer, lo utilizó, bien sea con Waldman o con otra persona, aunque todo parece indicar que el paciente que ocupó la cama de hierro con correas de cuero fue precisamente Michael Waldman —respondió Croffton—. ¿Qué deducción extrae de esa hoja mecanografiada?

—¡Es absurdo! Waldman pesaba cuarenta y cinco kilos cuando ingresó en el Hospital Saint Queentin. ¿Cómo pudo llegar a pesar 110 kilos? —exclamó Dyers.

—Sí, ¿cómo? — repitió Croffton, atento.

—No me lo explico. Tal vez si consultara el diario clínico del profesor...

—Sus anotaciones se interrumpen bruscamente donde dice: «Rechaza la comida habitual. Prefiere...». Hay otros apuntes, pero nada tienen que ver con el caso. Es posible que el intruso que usted vio en el caserón robase otros documentos.

—¿Saben quién es, por fin? — preguntó el médico.

—No. Hemos enviado policías a los circos y a los teatros donde suelen exhibirse los fenómenos. Porque ese hombre, indudablemente, lo era... con pies de más de cuarenta centímetros. No hemos tenido éxito. No hemos encontrado a nuestro hombre.

Dyers parpadeó repetidamente.

—¿Qué iba a decir, doctor? —preguntó Croffton, atento.

—Es algo descabellado.

--Dígalo de todas formas —insistió el superintendente.

—Verán, poco después de que Mike Waldman se fugase del hospital, fui a ver al padre Kirkpatrick, de Saint George Church. ¿Le conocen —al ver que Croffton y McShane asentían siguió—: El sacerdote me mostró a un joven enteco y pálido, de unos diecisiete años. Era George Smith, amigo de Waldman. Tuve una conversación con él. Y me dijo algunas cosas increíbles, relacionadas con Mike. Bueno, si se las cuento, probablemente pensaran que estoy chalado...

—No se preocupe por eso —te animó el inspector McShane—. Estamos acostumbrados a escuchar historias peregrinas. Hable, por favor.

Pero Dyers respondió:

—Será mejor que se lo explique el propio George Smith. Si quieren, daremos un pequeño paseo hasta Sun Market. George debe estar en el pub de Gerry Trumble…

CAPITULO XI

Geny Kumpfmann ¡legó al Hospital Saint Queentin a las tres de la tarde. Era una dinámica mujer de unos cuarenta y cinco años, alta y de cabellos rubios un poco canosos. Debía haber sido una mujer exuberante en su juventud. Y aún seguía siéndolo, según apreció Chris Dyers al verla penetrar en su despacho.

Después de saludarse, Chris la puso en antecedentes. Las palabras del médico hicieron un fuerte impacto en la señora Kumpfmann, pero un momento después se había recuperado por completo.

—¡Pobre Diane! Por supuesto, debemos ocultarle la verdad por encima de todo. No te preocupes, Chris: yo me ocuparé de eso.

—En usted confió. Ahora iremos a ver a Diane.

Diane se animó al ver a Geny Kumpfmann. Se abrazaron las dos mujeres y Diane lloró un poco. Pero su tía la distrajo con un torbellino de noticias pueblerinas y encendidos comentarios sobre el desastroso tráfico de la gran ciudad.

Al poco rato, charlaban muy animadas. Comprendiendo que su presencia no era imprescindible allí, se despidió de ellas, dispuesto a reintegrarse a su trabajo.

El cuidado de sus jóvenes pacientes le absorbió hasta las ocho de la noche. En cuanto se vio libre, voló a la habitación de Diane.

Las vio enfrascadas en la contemplación de una colección de revistas de moda que tía Geny había traído consigo, pero ambas le dedicaron su atención en cuanto Dyers se hizo notar.

El personal del hospital había colocado una cama para Geny junto a la de Diane, pues la señora Kumpfmann estaba dispuesta a no separarse de su sobrina ni de día de de noche.

Con el fin de que la joven estuviera entretenida todo el tiempo posible, Chris les propuso que cenasen allí mismo, propuesta que' fue aceptada por ambas con decidido entusiasmo.

Después de la cena, jugaron un rato al bridge. El efecto de la compañía de su tía se demostró beneficioso en seguida: Diane parecía más animada. Por otra parte, su tía mantenía constantemente prendida la atención de la persona más aburrida.

Contó unas divertidas anécdotas de su marido, el exportador alemán Kurt Kumpfmann, fallecido unos años atrás. Kumpfmann le había dejado a su esposa una fortuna considerable, evaluada en unos quince millones de marcos. Pero con una condición inapelable: que Geny no volviese a casarse.

—Así que, como comprenderéis, opté por la herencia. Aunque eso no quiere decir que no eche mis canitas al aire. En Fourmounts hay un míster Edward Constant, apuesto caballero de unos cincuenta años

y abogado de profesión, que suspira profundamente cada vez que nos vemos en la tertulia de unos amigos... ¡Lo que verdaderamente no he logrado averiguar es si suspira por mí o... por mis doce millones de marcos! —relataba en aquel momento con un gesto de cómica alarma.

Chris dirigió una discreta mirada a su reloj de pulsera. El tiempo había transcurrido rápido: eran las diez de la noche.

Sin embargo, Dyers no tenía ninguna prisa, pues pensaba dormir aquella noche en el hospital, con el fin de permanecer cerca de Diane.

Rupert O'Hara, el neurólogo del hospital, le había propuesto someter a Diane a u.na cura de sueño.

—Es un buen procedimiento. Cuando termine la cura, su padre habrá sido enterrado y todo habrá pasado —arguyó O'Hara.

Pero Dyers, de una forma supersticiosa, se negó. Recordaba que el método Brown comenzaba precisamente con una prolongada cura de sueño, para seguir con la administración de la fortísima neurocycline y continuar con las sesiones de TEM.

Por otra parte, sabía que el efecto de la cura de sueño era inoperante cuando se trataba de superar shocks emocionales.

—Ya buscaré otro recurso, Rupert. Ten la seguridad de que te estoy muy agradecido —dijo amablemente al neurólogo.

Estaba pensando en esto, cuando llegó una enfermera.

—¿Puede venir un momento, doctor Dyers?

Chris se excusó con las mujeres y salió. Ya en el pasillo, la enfermera Windmore le dijo:

—Es el superintendente Croffton. Me pidió que le hiciera acudir a su despacho, doctor, para evitar que la-señorita Brown pudiera oír la conversación.

—Perfectamente. Gracias, Sally.

Se sentía irritado. ¿Es que Croffton no iba a dejarla tranquilo?

Pero cuando oyó lo que el superintendente tenía que decirle, palideció.

—El padre Paul Kirkpatrick ha sido herido y le llevan al hospital en estos momentos. Al parecer, nuestro asesino ha vuelto a las andadas. La persona que nos avisó dice que hay un muerto dentro de la iglesia — habló Croffton.

Chris pronunció una exclamación contenida entre dientes.

—¿Cree que se trata del asesino del profesor Brown?

—No lo sé, todavía. ¿Quiere acompañarnos a Saint George Church? Si su respuesta es afirmativa, pasaremos a recogerlo dentro de unos minutos.

Dyers se mordió el labio inferior.

—De acuerdo —se decidió—. Les estaré esperando.

Abandonó el despacho y encargó a Sally Windmore:

—Diales a miss Brown y a la señora Kumpfmann que me he visto

obligado a salir. Que volveré en cuanto me sea posible.

Diez minutos después, un coche negro, sin distintivos, se detenía ante el Saint Queentin Hospital y recogía al doctor Dyers. Dentro del automóvil viajaban el superintendente Croffton, el inspector McShane y un hombre robusto y rubicundo, al que Croffton presentó como inspector Gordon.

—Acabamos de recibir una nueva comunicación del agente encargado de la vigilancia en la zona de Sun Market —le informó el superintendente—. El hombre que ha resultado muerto es Justin Montini, sacristán de la iglesia de Saint George. Creo que el asesino ha cometido terribles destrozos en los altares y ornamentos sagrados. He ordenado acordonar la zona.

En efecto, cuando llegaron a Saint George Church, numerosos automóviles oficiales y una barrera de policías rodeaban la iglesia.

Descendieron del automóvil y penetraron en el templo. Como Croffton había advertido, se diría que un terremoto hubiera asolado Saint George: bancos deshechos en astillas, altares arrasados, objetos litúrgicos por el suelo, ornamentos sagrados destrozados...

Junto al altar mayor, yacía el cadáver destrozado de un hombre anciano, de cabellos canosos. Su cabeza estaba torcida hacia la espalda, su cintura aparecía truncada y le faltaban ambos brazos y una pierna. El pavimento de mármol estaba profundamente manchado de sangre.

Aterrado ante aquella espantosa visión, Chris se apartó unos pasos, mientras los policías registraban los altares y recovecos de la iglesia.

Croffton envió un grupo de agentes al campanario, la sacristía y las demás dependencias del templo, incluida la vivienda del párroco. Regresaron veinte minutos después y rindieron su informe:

—Hay muebles destrozados por doquier, pero ni rastro del asesino.

Croffton se acercó al doctor Dyers, que se había recuperado un tanto.

—Mi suposición de que nos enfrentamos a un necrófago, a un verdadero caníbal, se está demostrando por sí sola, doctor. Falta una pierna del cadáver despedazado de Justin Montini.

—¿Y cree que el asesino se la ha llevado para...? —exclamó, interrumpiéndose bruscamente.

—No creo que se la haya llevado como trofeo —respondió Croffton, en una muestra de inquietante humor negro.

El superintendente se separó de él para saludar al representante del juez. Entre tanto, los fotógrafos de la policía disparaban sus flashes sobre los restos recogidos en una sábana.

Chris se sentía asqueado y horrorizado. A lo largo de su vida profesional, había visto un buen número de cadáveres, pero nunca profanados y despedazados de modo tan horripilante.

El inspector McShane llegó junto a él, le tomó por un brazo y ambos se separaron unos metros del lugar de la tragedia.

—¿Se acuerda de las anotaciones del diario clínico del profesor Brown, en el que se ataba a Kroozgaar el Cíclope? —preguntó. Y al ver que Chris asentía, continuó—: Pues bien, ese nombre sonaba familiar a mis oídos. Hice un recorrido por librerías y puestos de periódicos y encontré esto.

Le mostró un sobado ejemplar de una antigua selección de cómics. Al leer el título «KROOZGAAR, EL CICLOPE», Chris lo tomó en sus manos ávidamente.

El guionista y el dibujante habían creado un antihéroe, un monstruo repugnante. Kroozgaar era un hombre prehistórico, gigantesco y descomunal, de extraordinaria musculatura, cuerpo velloso, que Cubría con un taparrabos de piel y un rostro brutal, barbudo y primitivo. Sus ojos rojizos tenían un relumbre homicida y de entre sus belfos prognáticos, brotaban das colmillos propios de un animal carnicero.

Asombrado, Dyers ojeó las viñetas. Los dibujos eran excelentes, a color, sumamente expresivos. Kroozgaar era salvaje, sádico y… caníbal.

Con un gesto de repugnancia, devolvió a McShane la revista. El policía dijo:

—Si no fuera grotesco, yo diría que el verdadero Kroozgaar redivivo estuvo aquí. Sólo un asesino de fuerzas rieló-peas podría despedazar a un hombre… con sus propias manos. Pero… ¡es absurdo!

—Sí, lo es. Pero…

Dyers calló bruscamente. Pensaba en aquel miembro mutilado que el asesino se había llevado. Y se estremeció.

Croffton vino en ese momento, bamboleando su rechoncho corpachón.

—Salgamos de aquí. Mi equipo se ocupará del resto.

En la calle, el doctor Dyers preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Al Central Hospital, donde ha sido internado el padre Kirkpatrick. Quizá él pueda explicamos lo que sucedió en el templo —respondió el superintendente.

En el Central Hospital, supieron que el sacerdote había recobrado el conocimiento y estaba fuera de peligro. Tenía un brazo roto y numerosas contusiones por todo el cuerpo, pero su estado era satisfactorio, dadas las circunstancias, y el médico de guardia les autorizó a visitarles.

Cuando llegaron a su habitación, Chris se inclinó, solícito, sobre el lecho del sacerdote. El padre Kirkpatrick les recibió con una débil sonrisa, a pesar de su brazo escayolado y su cráneo vendado.

—Creo que me salvé de milagro —explicó, después—. Creo que nunca estuve tan cerca de la muerte. Cuando vi a aquel horrible gigante, pensé que Satanás había decidido hacerme una visita…

—¿Puede hacer un relato detallado de lo ocurrido? —preguntó el superintendente Croffton, con gran sentido práctico.

—Lo intentaré —respondió el padre Kirkpatrick, moviendo torpemente sus labios reventados.

CAPITULO XII

Hacía pocos minutos que sonaran las nueve de la noche en el viejo reloj de la sacristía. Las puertas del templo llevaban cerradas largo rato y el padre Kirkpatrick y su sacristán disponían los ornamentos, candelabros y otros objetos litúrgicos en el altar lateral, dedicado a San Pedro apóstol, cuya festividad se celebraría al día siguiente.

Faltaba el misal, por lo que el sacerdote fue a buscarlo al altar mayor, dedicado al patrón, San Jorge.

No lucían más que las lámparas imprescindibles para llevar a cabo aquel sencillo trabajo, por lo que los ábsides laterales permanecían en penumbra.

El padre Kirkpatrick ascendió los peldaños del presbiterio, tomó el pesado misal en sus manos, y descendió.

Cruzaba bajo la alta arcada del altar de San Patricio, cuando oyó aquel estremecedor gruñido animalesco:

—¡Kroozgaar!

Se volvió, asustado.

Una gigantesca silueta peluda se abalanzó sobre él.

Paul Kirkpatrick vio fulgir unos ojos rojizos en las sombras. Se sentía sobrecogido de espanto, pero su instinto de conservación obró por él. Cuando las enormes zarpas se tendían hacia él, le arrojó el pesado misal con todas sus fuerzas.

La fiera con figura humanoide recibió el impacto en pleno rostro. Debió ser un golpe tremendo, pues sólo el facisto de bronce pesaba varios kilos. Sin embargo, el ciclope dejó escapar un gruñido furioso y siguió avanzando a grandes zancadas en dirección al sacerdote,

A cierta distancia de allí, Justin Montini, el viejo sacristán de Saint George, contemplaba la escena despavorido y gritó en su lengua natal:

—*II diavolo, il diavolo*!

Pero era hombre decidido y al ver que el monstruo aferraba al padre con sus peludas zarpas, agarró un pesado candelabro de bronce y avanzó unos pasos, tembloroso.

Ni siquiera los espantosos gruñidos lograron detenerlo. Viendo que el sacerdote se debatía como un muñeco desarticulado en los brazos vellosos del ciclope, y temiendo que aquel monstruoso engendro estrangulase al padre Kirkpatrick, avanzó valerosamente y comenzó a golpear la anchísima espalda del agresor con su pesado candelabro.

Pero aquel monstruo parecía indestructible: los demoledores golpes que hubieran bastado para derribar a un hombre muy forzado, apenas le hadan efecto.

Aunque de alguna forma debieron irritarle, pues súbitamente el

ciclope arrojó lejos de sí al padre Kirkpatrick y se volvió hacia Montini, gruñendo sordamente.

Paul Kirkpatrick, dolorido y conmocionado —su brazo derecho estaba quebrado por el codo—, se removió en el suelo, se incorporó un poco y asistió a la espeluznante escena: el cíclope había elevado al sacristán por encima de su cabeza, como si se tratase de un liviano pelele y le arrojaba fulminantemente contra una columna situada a seis metros de distancia.

Se oyó un quejido leve. El cuerpo, desmadejado, de Justin Montini cayó pesadamente a tierra y quedó inmóvil.

El sacerdote se alzó, aterrado, y tomó el candelabro con la mano izquierda. Apenas podía con el pesado objeto litúrgico, pero el cíclope le buscaba ya con sus ojos rojizos, destellantes de furia homicida.

—¡En nombre de Cristo, retrocede! —gritó, estentóreamente, el padre Kirkpatrick.

Y avanzó temerariamente contra el gigantesco engendro.

Ni siquiera pudo rozar al monstruo con el candelabro. Uno de sus brazos le alcanzó de lleno en el pecho y le despidió contra la columna, a cuyo pie yacía el sacristán, muerto, probablemente.

El golpe fue tan formidable que cayó a tierra, exánime.

Entretanto, los gruñidos de la bestia y los gritos del sacerdote y el sacristán habían alarmado a Bob Cumming, el agente que prestaba servicio en aquella zona.

Cumming rodeó el templo y penetró en la vivienda del párroco. A través de ella llegó a la sacristía.

El cíclope estaba inclinado sobre el cadáver de Montini, cuando escuchó los gritos del policía. Lanzó un sordo gruñido y saltó hacia las sombras del altar de San Patricio.

Cumming quedó petrificado de horror al contemplar el cadáver del sacristán despedazado y las losas manchadas de sangre. Entretanto, una gigantesca silueta se escurrió silenciosa hada la sacristía.

El policía descubría poco después el cuerpo inanimado del padre Kirkpatrick. Al principio, temió también hallarle muerto, pero oyó un leve quejido y se inclinó sobre el padre Kirkpatrick, el cual recobró el sentido en seguida.

Cumming le ayudó a incorporarse, le tomó por la cintura y le sacó de allí. Poco después, una ambulancia hada sonar su sirena camino del Central Hospital.

*

En el camino de regreso al hospital de Saint Queentin, se cruzaron con numerosas patrullas policiales. Se habían establecido controles en lugares estratégicos y los agentes detenían a los vehículos, aunque se

limitaban a registrarlos de un vistazo.

La ciudad estaba alerta y las fuerzas del orden registraban en aquel momento las casas del barrio antiguo. Se habían llevado a cabo numerosas identificaciones y algunas detenciones, con un común denominador: la extraordinaria estatura y corpulencia de los arrestados. Pero aquellas personas serían puestas en libertad pocas horas después.

Tras cruzar el control policial de West Gate, el superintendente Croffton se volvió hacia el doctor Dyers, que viajaba en el asiento posterior, entre Gordon y McShane.

—Quiero hacerle una pregunta, doctor —dijo.

—¿Cuántas personas tuvieron relación con Mike Waldman desde el momento en que ingresó en el hospital Saint Queentin?

—Es una extraña pregunta, superintendente —respondió Dyers. Y trató de hacer memoria—. Pues… en primer lugar, yo mismo. También el neurólogo, doctor O'Hara, el doctor Browning, analista, los doctores Quincy y Morton, médicos de guardia, y las enfermeras Paxton, Windmore y Gibson. No recuerdo a nadie más… Pero, ¿por qué?

—Porque he decidido prestarles protección policial a cada uno de ustedes—respondió Croffton.

—¿Teme por nuestras vidas? No comprendo…

—Mire, doctor el primero en morir ha sido el profesor Brown. Después, también el padre Kirkpatrick pudo convertirse en la segunda víctima del asesino. La lógica me anima a sospechar que todas las personas que tuvieron relación con Waldman pueden convertirse en víctimas potenciales de Kroozgaar.

—¿Kroozgaar? —exclamó Dyers, saltando sobre su asiento.

—De alguna forma habrá que llamarle. No podemos llamarle Waldman, porque el asesino en nada se parece a Mike. Así, pues, llamémosle Kroozgaar. ¿Ha visto el cómic que encontró McShane? Ya veo que sí. Por cierto… ordenaré que un policía vigile la habitación de la señorita Brown. Y no me pregunte por qué: sencillamente, Diane Brown es la hija del profesor. Hay una relación entre ambos. Para mí, es suficiente. Haré cuanto esté en mi mano para evitar nuevas víctimas.

—Muy bien, como usted decida —respondió Dyers, sombrío.

Poco después, el automóvil se detenía ante las verjas del hospital Saint Queentin.

—Buenas noches, doctor Dyers —se despidió Croffton—. No olvide mis recomendaciones. Todas las precauciones serán escasas.

—Buenas noches —respondió Chris. Bajó del coche y penetró en el hospital. Saludó al médico de guardia y a las enfermeras y se dirigió a la habitación de Diane y su tía Geny.

Llamó discretamente a la puerta, esperó unos segundos y entró. Diane dormía apaciblemente. Geny, acostada, leía una revista a la luz de una pequeña lámpara portátil.

—Todo va perfectamente —sonrió Geny—. El médico de guardia inyectó un sedante a mi sobrina y poco después se quedó dormida. Ahora descansa profundamente. No creo que se despierte hasta bien entrada la mañana. Puedes irte tranquilo a dormir, Chris —dijo Geny en un susurro.

—Perfectamente —respondió Dyers, en el mismo tono—. Mi habitación es la 28. Es decir, la que está a continuación de ésta. No dude en despertarme si Diane se intranquilizara.

Geny le miró con simpatía.

—Descuida. Y ahora ve a descansar: debes estar derrengado.

—Buenas noches, Geny —pronunció Chris. Y salió de la habitación.

Poco después dormía profundamente. Hacia las cuatro de la madrugada…

CAPITULO XIII

La cristalera reventó de pronto, como si un obús acabase de estallar sobre ella.

A los escandalosos crujidos sucedió un ruidoso tintinear de cristales.

Geny Kumpfmann despertó sobresaltada, se incorporó rápidamente sobre el lecho y quedó paralizada de espanto al descubrir al gigante que, gruñendo sordamente, se removía en el suelo.

Otra mujer cualquiera se hubiera desmayado al contemplar aquel rostro greñudo, las fauces animalescas, el formidable corpachón de cíclope y el brillo de tos rojos ojos asesinos.

Pero Geny Kumpfmann miró de reojo a Diane que dormía indefensa, ajena a todo. Consciente del inminente peligro que ambas corrían y sin detenerse a hallar explicación a la súbita aparición de aquella monstruosa criatura, supo reaccionar con presteza.

Ni siquiera se dejó impresionar cuando Kroozgaar se irguió en toda su imponente estatura y alzó tos formidables brazos velludos.

Geny agarró de un zarpazo su bolso, que estaba en la mesilla. Lo abrió apresuradamente, Io revolvió con urgencia y sacó el spray lacrimógeno que siempre llevaba consigo, como precaución contra navajeros y violadores.

Kroozgaar no le prestaba atención. El monstruo contemplaba a Diane, dormida. Sin parpadear, miraba a la bella muchacha con las fauces entreabiertas y babeantes.

Totalmente desnudo, las rodillas del cíclope se elevaban muy por encima del lecho de Diane.

De pronto, sus manos velludas, terminadas en gruesas y puntiagudas uñas, avanzaron, tratando de agarrar a la joven dormida.

Geny saltó sobre él y oprimió el botón de su spray. Un chorro de atomizado líquido lacrimógeno envolvió el rostro brutal de Kroozgaar, que dejó escapar un bestial gruñido y retrocedió cegado.

Furiosamente, el gigante golpeó a diestro y siniestro. Geny retrocedió, aterrada, al ver cómo el tabique se hundía y desgajaba ante el ímpetu de los temibles golpes de Kroozgaar.

En aquel momento, la puerta se abrió bruscamente y apareció el doctor Dyers. De una ojeada, Chris se hizo cargo de la situación.

Reaccionó con valor, agarrando una silla metálica y golpeando sañudamente las rodillas del monstruo, que se tambaleó, retrocedió de espaldas y hundió espectacularmente el tabique que lindaba con la habitación que Dyers acababa de abandonar.

—;Sal de ahí! —gritó Chris a Geny—. ¡Esta bestia te puede

aplastar!

La tomó por un brazo y la sacó de la habitación. Entretanto, Kroozgaar, golpeaba ciegamente. Su zarpa derecha palpó la puerta de la habitación, dio un tirón brutal y la desgajó de cuajo, tras lo cual la arrojó con tal violencia contra el muro, que el cristal se deshizo en mil pedazos y la puerta se convirtió en astillas.

Cubierto de fragmentos, Chris se deslizó junto al tabique hundido, tomó a la inconsciente Diane en brazos, saltó por encima de los escombros y salió al pasillo.

—¿Dónde está el policía? —gritó el doctor Dyers, descompuesto. Y puso a Diane en los brazos de las enfermeras Windmore y Gibson.

Demudado e indeciso, el doctor Browning, respondió:

—Se empeñó en vigiar desde el exterior. ¡No sabemos qué ha sido de él!

Dentro de la habitación de Diane, Kroozgaar chocaba brutalmente contra las paredes, que se conmovían a sus violentos embates.

—¿Alguno de ustedes dispone de una pistola, de cualquier arma de fuego? —gritó Chris, enjugándose de un manotazo el hilillo de sangre que brotaba de su frente.

Browning y el mozo que le acompañaban denegaron, atónitos.

—¡No se queden ahí! ¡Traigan palos, hierros, herramientas, lo que sea...! —de pronto tuvo una idea luminosa—. ¡Traigan el extintor sobre ruedas!

En aquel momento, un tabique se desplomó sordamente sobre el pasillo y todos retrocedieron, aterrados. Por fortuna, las enfermeras se habían llevado a Diane al piso superior para entonces.

Kroozgaar apareció, imponente, en el pasillo. Con los ojos cerrados, agitaba sus largos y gruesos brazos como si fueran aspas de molino.

Desesperadamente, Chris le lanzó un bloque de ladrillos al brutal rostro. El monstruo bufó, colérico, y de un golpe abrió un boquete en la pared.

Ante aquella demostración, el doctor Browning y el empleado huyeron aterrados.

También Chris retrocedió, pero resbaló sobre los cascotes que cubrían el suelo y cayó de espaldas.

Durante unos segundos, permaneció paralizado por un horror profundo. Sus ojos desorbitados, contemplaron a Kroozgaar fijamente.

—No puede ser real —pensó Dyers—. ¿Debe ser una pesadilla!

Pero los desnudos pies de Kroozgaar machacaban los escombros... ¡el cíclope se acercaba ya!

Dyers trató de ponerse en pie, afirmando las manos sobre el sucio suelo, pero sus brazos carecían de fuerza.

De pronto, gritó incongruentemente:

—¡DETENTE, MIKE!

El monstruo se detuvo y manoteó con torpeza, como si algo le impidiera avanzar, aunque no existía ningún obstáculo entre él y Chris Dyers.

Kroozgaar se arañó el rostro con las zarpas, tratando sin duda de apartar de sus ojos lo que le impedía ver con claridad.

Luego avanzó pesadamente, atento a cualquier rumor. Debió escuchar la agitada respiración del doctor Dyers, porque cambió de dirección y avanzó directamente hacia él.

—¡Mike! ¡Tú y yo fuimos amigos! —gritó Chris—. ¡Soy el doctor Dyers! ¡Yo intenté salvarte!, ¿recuerdas?

Kroozgaar se detuvo por segunda vez. Movía rápidamente sus congestionados párpados y se rascaba sañudamente su achatada nariz, cubierta de sangre reseca.

Luego lanzó un gruñido profundo, más vibrante que el rugido e un león. Y avanzó a largos pasos.

Cuando apenas le separaban dos metros del caído doctor Dyers, su enorme cabezota peluda chocó contra un gran globo luminoso que colgaba del techo. La esfera de cristal se rompió y la ampara se apagó. Los fragmentos de vidrios regaron la cabellera cerdosa del monstruo.

Kroozgaar lanzó un bufido de furia, manoteó en el aire y tiró rabiosamente del cable eléctrico.

Hubo un chisporroteo azulado y el monstruo bramó con trémolos infrahumanos, saltó y se alejó pasillo adelante.

Estupefacto, Dyers se puso en pie y corrió tras él.

Aún no había llegado al lugar donde se cruzaban los pasillos, cuando resonó un fuerte estruendo de cristales rotos.

Cuando llegó a la intersección, Dyers comprobó que la amplia cristalera del vestíbulo estaba destrozada.

—Kroozgaar ha escapado —suspiró, jadeante.

Volvió con urgencia a su despacho, marcó el número de teléfono que el superintendente Croffton le había dictado y habló atropelladamente.

Quince minutos después, resonaron las sirenas policiales. Numerosos agentes, auxiliados por perros sabuesos, comenzaron a registrar las proximidades del hospital. Otras patrullas penetraron en el centro hospitalario y lo exploraron desde los sótanos hasta las buhardillas.

En el jardín que rodeaba el ala norte del gran edificio, hallaron el cadáver del agente que debía vigilar la habitación de Chris Brown. Sus facciones estaban aplastadas y su cuello roto y torcido.

—Croffton tenía razón al prevenirme —suspiró Dyers—, Pero sus precauciones resultaron inútiles. Nos hemos salvado de milagro…

CAPITULO XIV

El cielo amaneció cubierto por negros nubarrones.

—Se aproxima una de esas tormentas fragorosas veraniegas — pensó Chris Dyers.

Su primer pensamiento de aquel día había sido para Diane Brown, quien en aquel momento descansaría tranquilamente junto a su tía Geny, en la residencia campestre que ésta poseía en Fourmounts, población situada a ciento cuarenta kilómetros de distancia, en plena campiña inglesa.

De común acuerdo y después de la dramática experiencia vivida dos noches atrás en el hospital Saint Queentin, Dyers y la señora Kumpfmann habían decidido trasladar a Diane al campo.

—Allí estará perfectamente —afirmó Geny—. Desconectaré mis dos televisores en color, esconderé la radio e impediré que a mi casa lleguen los diarios. Con eso y los policías que míster Croffton enviará para protegernos, Diane estará segura.

La previsión de evitar que Diane estuviera al tanto de la actualidad era prudente, pues el día anterior la televisión había ofrecido un amplio boletín informativo sobre los sucesos ocurridos en la iglesia de Saint George. Por fortuna, esto había atraído a los informadores y el asesinato del profesor Brown pasó desapercibido para los medios de comunicación.

Personalmente, Chris condujo a tía y sobrina hasta Fourmounts, donde el doctor Dyers se entrevistó brevemente con el sargento Hoscomb, jefe de policía de la localidad. Hoscomb tenía ya instrucciones de sus superiores y les envió a la residencia de mistress Kumpfmann un par de policías sólidos como robles y belicosos como irlandeses.

Tranquilo ya respecto a Diane y su tía, Chris volvió a la ciudad. ¿Por qué? Podía haber solicitado un par de semanas de vacaciones al director de su hospital —llevaba años enteros sin gozar de asueto estival— y seguramente la respuesta hubiera sido afirmativa.

Sin embargo, Dyers experimentaba una rara ansiedad, quizá provocada por el hecho de que la policía no poseía aún la menor pista sobre el paradero del misterioso e inquietante asesino al que el superintendente llamaba Kroozgaar.

Croffton se daba a todos los diablos.

—A lo largo de mi carrera profesional, jamás había tropezado con un caso tan peregrino. Tengo que enfrentarme a un monstruo infrahumano, a un ser imposible. ¡Una criatura surgida del abismo de los siglos.,.! —se lamentaba.

Numerosas patrullas de policías recorrían constantemente la

ciudad, aunque la vigilancia se intensificaba considerablemente al anochecer.

Uno de los sectores que los agentes habían registrado hasta quedar exhaustos era Low Explanade, el antiguo barrio de los próceres y los millonarios, tan olvidado en la actualidad. Allí, no, sólo habían removido el caserón desde los cimientos hasta el tejado, sino que incluso habían derribado tabiques que les parecieron susceptibles de ocultar pasadizos o cámaras secretas, Y en efecto, encontraron un falso techo que ocultaba un escondite muy amplio. Dentro de aquella cámara hallaron importantes documentos históricos relacionados con las guerras del siglo XVIII y principios del XIX, pero nada que tuviera relación con lo que verdaderamente les interesaba.

Transcurrieron tres días. La policía seguía alerta, pero los resultados eran desalentadores.

—Kroozgaar se ha esfumado en la noche de los tiempos, como un verdadero fantasma impalpable — pensaba Chris Dyers.

Cada día telefoneaba varias veces a Diane. Las nidrias que le llegaban del campo eran alentadoras: Diane se recuperaba día a día, montaba a caballo, daba grandes caminatas en compañía de tía Geny… La vida volvía a renacer para ella.

Por supuesto, no hizo el menor comentario acerca de que aquella misma mañana habían recibido sepultura los restos del desgraciado profesor Nicholas Brown. Por ahora, nada debía perturbar el espíritu de la joven.

El padre Kirkpatrick había sido dado de alta en el Central Hospital y de nuevo residía en la casa anexa a la iglesia de Saint George, que había permanecido cerrada al culto por espacio de varios días.

Al caer la tarde, el doctor Dyers telefoneó al superintendente Croffton.

—¿Ninguna novedad, señor? —fe preguntó Chris.

—Ninguna. Esta calma me crispa los nervios. Tenemos movilizados a miles de hombres. Mis policías apenas comen, no duermen, no descansan… Pero Kroozgaar se lo ha debido tragar la tierra. ¿Cómo es posible que…?

Calló, al escuchar la exclamación contenida del doctor Dyers.

—¿Decía algo, doctor?

—¡Sí! Esa idea pasó veloz por mi cerebro durante el enterramiento del profesor Brown. Me esforzaba en imaginar dónde se escondería ese engendro monstruoso y el pensamiento me perturbó durante unos segundos. Pero algo me distrajo y lo olvidé. Ahora acabo de recordarlo.

—¿A qué se refiere?

—Usted acaba de decir «A Kroozgaar se lo ha debido tragar 1a tierra». Y se me ha ocurrido que puede estar escondido bajo tierra,

precisamente. ¿Cómo se llama el cementerio próximo a Saint George?

—Es el King George VI Memorial Cemetery, aunque, por supuesto, allí no reposan los restos de ningún rey. La gente le conoce por cementerio del rey Jorge, simplemente.

—Ese cementerio se encuentra en un lugar equidistante entre Saint George Church y el hospital de Saint Queentin, aunque más cercano a la iglesia. ¿Ha pensado que el asesino podría esconderse en ese cementerio? Si no estoy mal informado, ese recinto está clausurado desde hace largos años —expuso Chris.

—¡Tiene razón, doctor! Y no, reconozco que no se me había ocurrido tal posibilidad, Pero ahora que lo dice, ¿qué lugar más seguro para esconder a un criminal? Además, como usted ha dicho, el cementerio del rey Jorge está cerrado, de modo que no hay la menor vigilancia dentro del recinto. Cuanto más lo pienso...

—Me reuniré con usted en seguida. Quiero estar presente cuando...

—¡Magnífico! Venga en seguida, doctor. Iremos a echar una ojeada al viejo cementerio —te animó Croffton.

Dyers abandonó el hospital, tomó su Talbot y se trasladó al centro de la ciudad. El cielo estaba tormentoso, más o menos como en los días precedentes. Habían caído algunos aguaceros, pero la tormenta no había llegado a estallar. Esa tarde, sin embargo, se percibía una tensión especial en el ambiente. Probablemente, pronto surgiría el primer relámpago.

El coche de Croffton estaba estacionado en la comisaría. Dyers frenó a su altura y comprobó que el superintendente y otros tres policías permanecían dentro del coche.

—Marche delante. Nosotros le seguiremos —te indicó Croffton.

Cuando llegaron al cementerio del rey Jorge, estaba anocheciendo. Algunos Land Rover de la policía formaban hilera junto a las altas y derruidas tapias y numerosos policías acordonaban la zona.

Dyers se reunió con el superintendente en el momento en que éste se entrevistaba con un hombrecillo vestido de gris.

—Es el funcionario municipal encargado del cementerio —le informó Croffton—. Dice que estas puertas sólo se abren dos o tres veces al año.

Así debía ser, porque les costó considerable esfuerzo abrir las oxidadas cancelas de la entrada.

Un pelotón de agentes armados penetró en el camposanto y se distribuyeron por el recinto. Sonaron unos ladridos: seis policías llegaban con otros tantos sabuesos. Otros hombres disponían focos sobre las tapias. Cuando las luces se encendieron, iluminaron claramente las hileras de tumbas rodeadas de hierbajos.

—Vamos allá —decidió Croffton—, Avancemos despacio,

examinando escrupulosamente cada tumba. Si alguien advierte algo anormal, debe avisar inmediatamente con un toque de silbato.

Los hombres avanzaron lentamente entre las sepulturas. Sólo se oían sus pisadas sobre la maleza agostada.

Dyers se detuvo un momento. Notaba algo anormal en el ambiente.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el superintendente, deteniéndose también.

—¡Los perros! —exclamó el médico, desconcertado—. Los sabuesos ladraban vivamente cuando les cuidadores los traían hacia aquí, pero han enmudecido de repente.

Todos miraron a los seis formidables sabuesos. Los animales se resistían a avanzar y se arrastraban al extremo de la traílla con las orejas gachas y el rabo entre las piernas.

—Tiene razón. ¡Es verdaderamente extraño...! —dijo el inspector McShane.

Siguieron adelante. Los policías se habían abierto en un amplio frente que abarcaba más de cincuenta metros.

Una hilera de altos cipreses impedía ver el extremo más alejado del camposanto.

De repente, se oyó un lamento ahogado. Provenía precisamente del otro extremo del cementerio. Y seguidamente resonó el tableteo atronador de una metralleta.

—¡Ha sido hacia allá, hacia aquel ángulo de la tapia! —gritó un policía.

Los perros, mudos hasta entonces, arrastraron a sus cuidadores con ímpetu y llenaron el aire de ladridos.

—¡Se ha escapado! —murmuró Chris, observando el cambio de actitud de los sabuesos.

De todas formas, corrió en pos de los policías, que saltaban espectacularmente por encima de las tumbas.

En la segunda mitad del cementerio, el espacio estaba ocupado por varios cuarteles de nichos y numerosos panteones. La pátina del tiempo y la herrumbre cubría los finos mármoles y las bellas tallas funerarias.

—¡Aquí, aquí! —gritó alguien. Y todos confluyeron en un magnífico mausoleo de mármol negro.

Al panteón se accedía por una escalera de seis peldaños, que descendía hacia una cancela de hierro forjado. La cancela estaba abierta.

Algunos policías descendieron, pero reaparecieron en seguida.

—Debió esconderse aquí, pues hay excrementos recientes y unos huesos frescos. Pero se ha escapado.

Croffton envió al inspector McShane con el encargo de informarse

acerca de lo que había ocurrido al otro lado de los altos muros del cementerio.

El joven policía regresó, jadeante, un minuto después.

—¡Ha escapado, maldita sea! Kroozgaar debió escapar cuando oyó los ladridos de los perros. Los policías del cordón le vieron aparecer en lo alto del muro cuando ya era demasiado tarde: una silueta gigantesca saltó al suelo y corrió hacia el grupo de monjas escolapias que se dirigían al Colegio Madre Teresa, situado en Promenade Row. Para mayor desgracia, un gran camión se cruzó en ese momento. Los policías sólo se atrevieron a disparar al aire para prevenimos. Han seguido al fugitivo hasta un almacén abandonado, pero mucho me temo que no consigan nada —explicó McShane entre jadeos.

Croffton disimuló su malhumor dando un furioso mordisco a un cigarro habano.

—Echemos una ojeada a ese panteón. Después veremos qué se puede hacer —dijo.

Una exhalación cruzó, destellante, el firmamento. En seguida resonó el trueno.

—Va a llover — comentó el superintendente, irritado.

Bajó y Dyers le siguió. El aire hedía a excrementos. En la cripta, un muro cubierto de nichos y lápidas de mármol con apliques dorados. En el suelo, un montón de defecaciones y... unos huesos.

—Huesos humanos, ¿no es cierto? —susurró Croffton.

Un fémur, el cubito y el radio y un pie a medio roer, eso fue lo que hallaron.

—La pierna desgajada de! cadáver de Justin Montini —murmuró Chris, pálido.

Croffton ordenó a un policía que trajeran una bolsa de plástico. Los agentes recogieron aquellos restos sin disimular su repugnancia y se los llevaron.

—Vámonos de aquí. Nada queda por hacer —gruñó el veterano policía.

Subieron a los coches y se trasladaron a las traseras del Colegio Madre Teresa, que ya registraban de arriba a abajo numerosos policías. Otros rompieron la destartalada puerta de un tinglado y penetraron en avalancha, metralleta en mano.

Volvieron en seguida. El almacén estaba vado.

Más allá se extendía un amplio descampado y más allá aún, el río.

Croffton se volvió hacia el doctor Dyers.

—La suya fue una premonición muy acertada, querido Chris. Lamentablemente, Kroozgaar nos ha ganado por la mano.

—Eso creo. Sin embargo, es posible que vuelva a guarecerse en el cementerio.

—Ya lo he pensado. Montaremos una discreta vigilancia —

respondió Croffton.

Media hora después, los automóviles regresaban al centro de la dudad. Al pasar ante la iglesia de Saint George, el Talbot de Dyers se detuvo y Croffton indicó a su chófer que hiciera otro tanto.

Bajó el médico y se inclinó sobre la ventanilla.

—He visto las luces encendidas en la casa parroquial. Voy a hacer una visita a mi amigo el padre Kirkpatrick —anunció.

—Le acompaño —sonrió misteriosamente Croffton.

Bajó y ambos hombres se dirigieron a la puerta de la casa parroquial y pulsaron el timbre.

Se abrió la puerta. Dyers contempló con estupor al hombre que vestía una negra sotana.

—Pero... ¡éste no es el padre Kirkpatrick! —exclamó, sorprendido.

—No escandalice y entre —te empujó el superintendente—. ¿Cree que iba a permitir que su amigo siguiera exponiéndose a morir? Este es uno de mis hombres, el inspector O'Rourke. Como ve, su estatura, y corpulencia es muy parecida a la de Paul Kirkpatrick. O'Rourke es nuestro hombre-cebo.

Cerraron la puerta y O'Rourke les guió hasta un saloncito acogedor.

—¿Alguna novedad, Sam? --preguntó Croffton al hombre disfrazado de cura.

—No. Es decir..., no sé. Verá, ha ocurrido algo extraño. Cuando llegué esta mañana, lo registré todo discretamente. Encontré una pierna de cordero en el frigorífico de la cocina. Pero hace pocos minutos fui a por una cerveza y advertí que !a carne había desaparecido. Naturalmente, he pensado que podía habérsela llevado la señora Smiley, la mujer que vino a hacer la limpieza esta tarde. De otra forma, no me lo explico.

Las mandíbulas de Chris Dyers se tensaron. Tomó a Croffton por un brazo y susurró, inquieto:

—Salgamos de aquí. Rápido.

Casi los sacó por la fuerza a la calle.

—Pero ¿qué diablos...? —masculló Croffton, desconcertado.

—Tengo otra de mis corazonadas, superintendente. Hagan venir a la señora Smiley. Entretanto, ordene a sus hombres que vean si existe algún lugar por donde un intruso pudiera penetrar subrepticiamente en el templo.

Curiosamente, el superintendente confió en aquella corazonada. Varios policías rodearon y exploraron los muros de Ía iglesia. En la parte posterior, hallaron un añoso y esbelto chopo que crecía a un metro de distancia del ábside principal del templo. Allá arriba había un rosetón circular: los cristales estaba rotos y dejaban una gran abertura en medio.

Entretanto, los hombres de un auto patrulla trajeron a una asustada señora Smiley, la cual se enfrentó colérica con el superintendente Croffton.

—¡Estos hombres me acusan de haber robado una pierna Je cordero! —escandalizó—. ¡Pues sepan que Claire Smiley amas ha robado un solo penique y es una persona decente! .Pregunten, pregunten al padre Kirkpatrick! ¿Creen que confiaría en mí si yo fuera una vulgar ladrona? —clamaba la pobre mujer, furiosa.

—Tranquilícese, señora Smiley —la aplacó Croffton—. Todo ha sido un malentendido, un error: no era usted a quien debían traer. Le presento mis excusas. Uno de mis coches la devolverá a su casa. Buenas noches, señora Smiley.

No eran buenas. Un horrísono trueno restalló en las alturas. Pero no llovía aún.

Dyers y Croffton cambiaron una mirada tensa.

—Hagamos las cosas con calma —d superintendente dejó escapar un suspiro que aflojó su provinente vientre—. En primer lugar, ordenaré que despejen esta zona. Después rodearemos el templo con hombres armados, especialmente el lugar donde se alza el árbol. Y por fin daremos una batida dentro del templo — decidió.

Sus inspectores se apresuraron a impartir las órdenes. Luego Croffton dijo:

—Vamos allá. Usted avance primero, O'Rourke, puesto que conoce la casa parroquial. Iremos a la sacristía y encenderemos todas las luces. Que Dios nos perdone por esta invasión, pero no veo otra solución. ¡Adelante!

Los policías penetraron en la casa y registraron todas sus dependencias. Pasaron en seguida a la sacristía y después al interior del templo.

—No hay nadie aquí —dijeron.

—Sólo queda el campanario —susurró el doctor Dyers.

—Hay que subir — decidió Croffton—. Tengan cuidado. Disparen en cuanto observen el menor movimiento o sombras sospechosas. Venga conmigo fuera, doctor Dyers.

Desde Sun Market, la estilizada torre de Saint George se elevaba cincuenta metros por encima de la plaza. Un pararrayos culminaba la cúspide, cuyo cable descendía hasta un pequeño patio interior.

Las calles estaban solitarias, taponadas por automóviles de la policía. El silencio era absoluto. Los agentes aferraban, tensos, sus rifles y metralletas.

De improviso, se oyeron unos disparos en el interior de la torre. Los hombres que rodeaban el templo se previnieron.

—¡Allí, allí arriba! —gritó el doctor Dyers.

Una oscura silueta acababa de surgir de una ojiva del campanario

y descendía rápidamente por el cable del pararrayos.

—¡Disparen! —gritó Croffton.

Restallaron las secas detonaciones de los rifles. Arriba, la figura peluda se estremeció, pero en seguida siguió descolgándose por el cable.

Sonó una descarga cerrada. Numerosos impactos debieron alcanzar a Kroozgaar, pero aquel ser monstruoso continuaba colgado del cable.

Súbitamente, un vivísimo relámpago cruzó el negro firmamento y una atronadora explosión alzó ecos en los muros del mercado. Por un momento, la silueta del cíclope destelló, rodeada de un aura azulada. Luego el monstruo se desprendió lentamente del cable, rebotó pesadamente sobre el tejado, rodó y se precipitó al vado.

Se oyó el sordo golpe de su corpachón al estrellarse sobre los viejos adoquines del pavimento.

Durante un minuto largo, los policías que habían presenciado la dramática escena permanecieron inmóviles, incapaces de reaccionar.

Al fin, el doctor Dyers y el superintendente Croffton caminaron lentamente hacia el cuerpo ennegrecido, reventado sobre el suelo.

Fascinados, contemplaron la gran cabezota, las cerdas hirsutas, los larguísimos y hercúleos brazos peludos, tos colmillos que asomaban entre las fauces, los increíbles muslos, tan gruesos como el tronco de un hombre…

—A pesar de todo, no puedo creerlo —murmuró, perplejo, el superintendente—. Yo no puedo concebir que este hombre, o lo que sea, se llamase un día Michael Waldman.

—Yo también me resisto a creerlo —confesó Chris Dyers—, Pero advierto que su cuerpo no está muy carbonizado. En realidad, sólo han ardido sus greñas. Una de sus manos está intacta. Tomemos sus huellas necrodactilares.

—Está bien, Io haremos —respondió Croffton, escéptico.

EPILOGO

A las diez de la mañana, un relajado Chris Dyers penetraba en el despacho del superintendente Croffton. Chris vestía un traje veraniego azul y una corbata a juego.

—¡Tiene usted un aspecto espléndido, Chris! —apreció el veterano policía, risueño—. ¿Ha dormido bien?

—Como un bendito —respondió el médico—. He venido a decirles que si me necesitan para algo, me encontrarán en la pintoresca población de Fourmounts. He pedido dos semanas de vacaciones, pero me han concedido un mes. Si digo la verdad, estoy ansioso por gozar de una larga temporada de descanso.

—Y también por reunirse cuanto antes con la encantadora señorita Brown —sugirió Croffton, con una expresión picara.

—Ciertamente —admitió Dyers. Miró alternativamente a Croffton y a McShane y añadió—. Bien, ¿cuál fue el resultado del gabinete de dactiloscopia?

Croffton mordisqueó, inquieto, su cigarro.

—Las huellas eran idénticas a las de Michael Waldman —declaró —. Pero aquel hombre no era Waldman. Sin embargo, creo que jamás encontraremos a Mike. ¿Cómo puede explicarse todo esto, doctor? Nos enfrentamos a un fenómeno inexplicable. Deme una respuesta, se lo ruego.

—Yo no tengo esa respuesta, señor. Aún no conocemos los recovecos de la mente humana ni el influjo que nuestro espíritu puede ejercer sobre nuestro organismo. El experimento del profesor Brown era muy aventurado y... Pero Brown está enterrado, al igual que Kroozgaar. Por favor, no hablemos más de ello. Yo tengo que marcharme en seguida.

—Buen viaje, Chris — pronunció el inspector McShane, ofreciéndole su mano.

—He tenido mucho placer en conocerle, doctor Dyers. Aunque no haya contestado a mi interrogante. Le deseo unas felices vacaciones —expresó Croffton, afablemente.

Chris les dio las gracias y abandonó el despacho. Descendió la escalera silbando por lo bajo. Poco después subía a su Talbot, encendía un cigarrillo y se alejaba, confiado y feliz, hacia la autopista sur.

FIN